

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 19

50 Céntr.



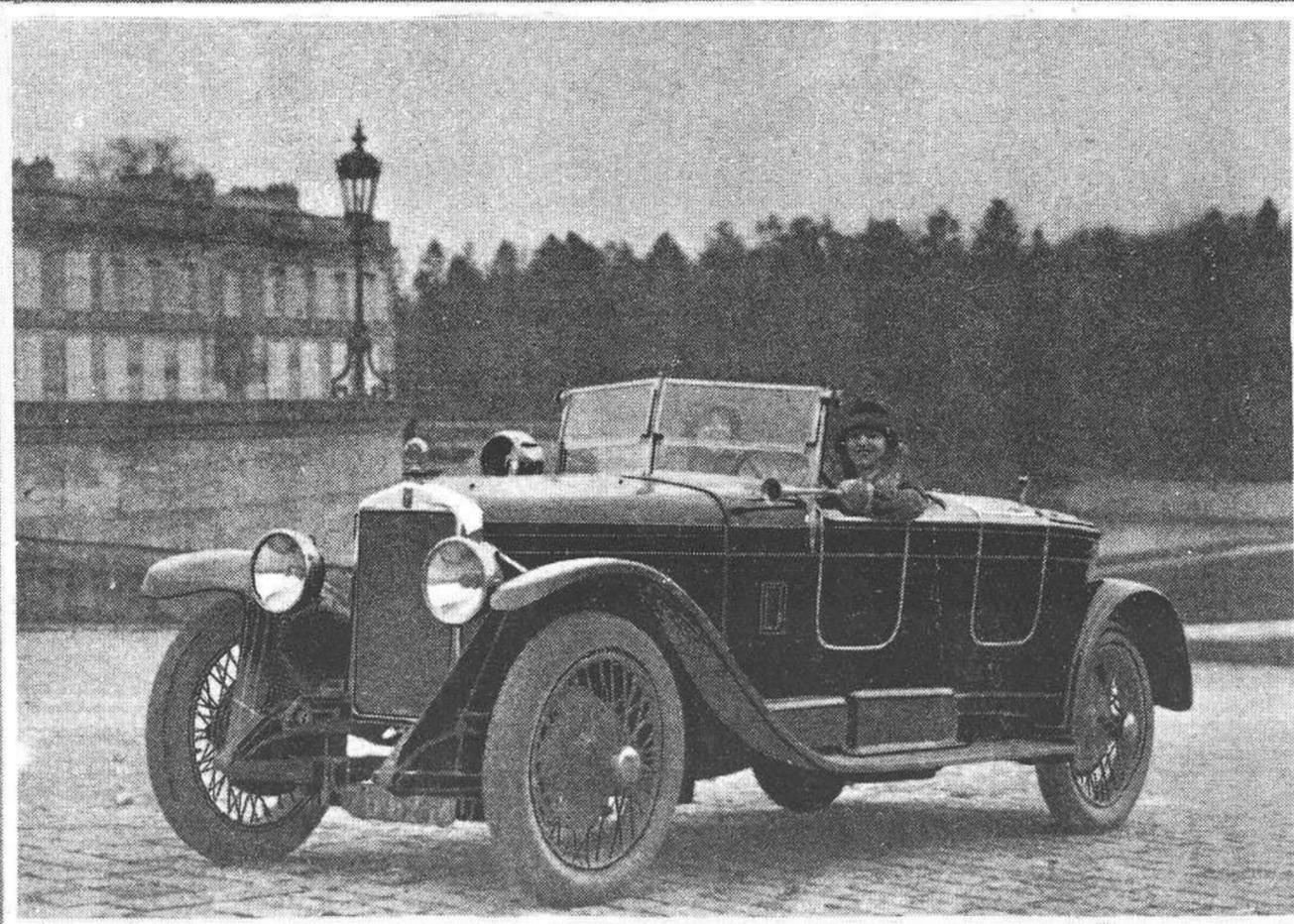
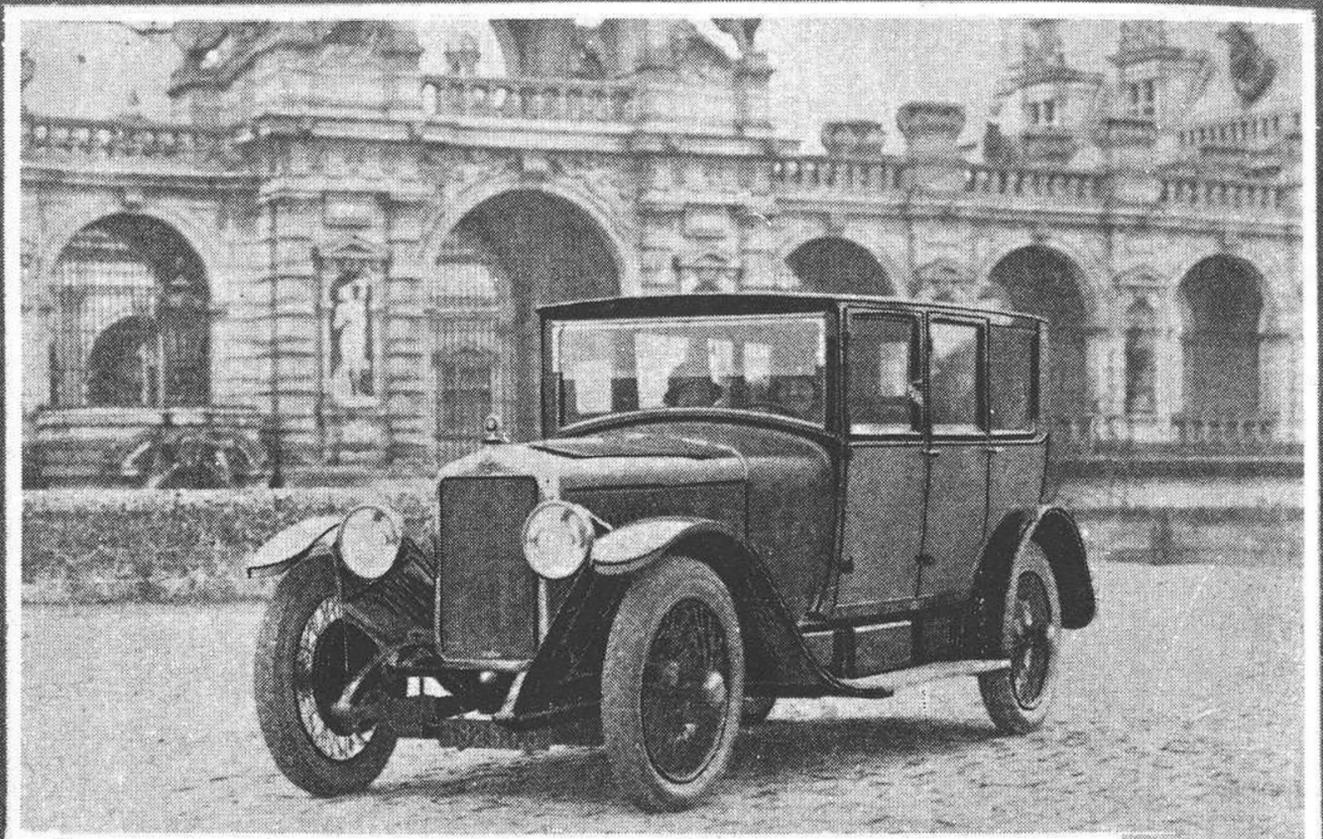
Echer

AUTOMÓVILES

El

GEORGE S. MARTIN

el coche selecto

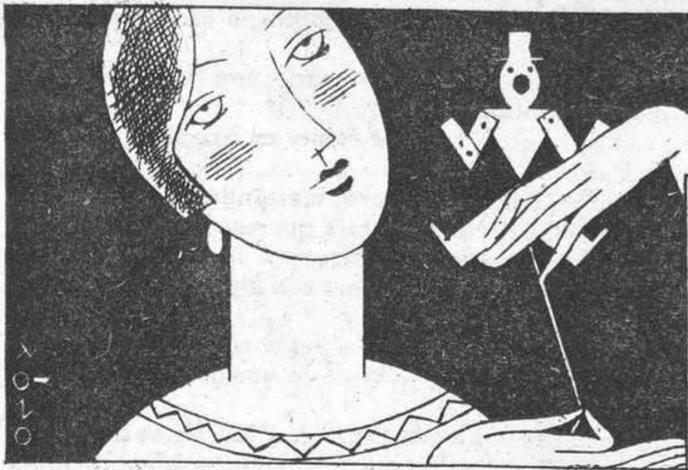


REPRESENTANTE GENERAL PARA ESPAÑA

MARTIN UZQUIANO

Aduana 23

Madrid



MONINA

NOVELA

POR

G Y P

(Continuación.)

—Que Marcelito está tan malo como yo. Y que la carta que me has enseñado esta mañana no es más que un pretexto para alejar a Pablo de aquí..., ¿verdad?

—Es verdad —contestó, demasiado franca para negar.

—¿De modo que estás colosa..., y celosa de Monina?

—Celosa, no; nada de celosa. Inquieta, sí.

—¿Por Monina?

—No...; por Pablo.

—¿Supongo que no estarás preocupada por su virtud?

—Ya debe usted saber que nunca me preocupé de eso que llama usted «su virtud».

—¿Entonces...?

—Temo por su tranquilidad. Y además, no me gusta que se ponga en ridículo.

—Piensas bien, pobre Bertrada. Ya me había parecido a mí hace algún tiempo que tu marido estaba muy enamorado de Monina..., como los otros..., pues todos lo están. Hasta el abate mismo, a quien he notado estos días que ha perdido mucho de su antigua indiferencia. ¿No te parece?

—Es muy posible.

—¿Verdad que sí? Estoy segura de que nuestro abate vive estos días un poco menos devotamente en el Señor.

—Y no le parece a usted mal, ¿verdad, abuela? Confíeselo usted.

—¡Qué cosas tienes! En estado de turbación benigna, lo mismo me da. Lo que no quisiera es que se agudice, ¿comprendes?

—No...; siempre me han dado lástima los que padecen tales perturbaciones, aun las benignas, llenas en todos los casos de intranquilidad y dolor.

—Pones las cosas peor de lo que son. De todos modos, me parece un remedio muy excesivo y torpe el alejar a Pablo. Se conduce correctamente y nadie supone la verdad más que tú y yo...

—Y todos los demás.

—¿Te parece?

—Estoy segura.

—Aunque así sea, no tiene importancia. ¡Con tal de que Monina no se entere...!

—...

—¿Por qué no respondes?

—Porque no pienso como usted, abuela... Y porque no le gusta a usted mucho eso..., sobre todo cuando se trata de Monina...

—¿Qué quieres decir?

—Lo dicho y nada más.

—Entonces, según tú, Monina se ha dado cuenta...

—Desde el primer día.

—Y aunque así sea, ¿qué puede pasar...? ¿Qué peligro corre?

—Ninguno.

—Pablo es un buen muchacho...

—Sin duda. Y aunque no lo fuera, Monina está protegida por una porción de circunstancias.

—Dímelas.

—Desde luego, su indiferencia. Hace tanto caso de Pablo como de cualquier mueble.

—¿Y además...?

—Además..., pues..., pues eso es todo.

—Tú has dicho: «una porción de circunstancias». Ya has expuesto una, veamos las otras.

—No, nada. Es un modo de hablar como otro cualquiera.

—¡Qué mal mientes, pobre Bertrada! Estoy segura de que acierto lo que piensas.

—No lo creo.

—Vamos a ver. Pien-

sas que una de las razones por las cuales Monina no hará nunca caso de Pablo es...

—La de estar casado.

—Perfectamente. Y también piensas, estoy segura, que Monina se ocupa ya de alguien...

—.....

—Ya lo ves; no me respondes. Crees, como tu marido, quien me lo ha dicho hace dos días, que está loca por Giraud.

—¡Ay, abuela, ésa es una suposición inverosímil! Por el pronto, Monina no está ni estará nunca loca por nadie...

—¿Qué quieres decir?

—Que se casará razonablemente, tranquilamente, como hace todas las cosas.

—¿Pero cuándo?

—¿Cuándo?... Pues... no lo sé de fijo; pero me parece que muy pronto.

—¿De modo que lo dices por decir?...; ¿hablas de un porvenir incierto todavía?...

La señora de Rueille respondió sonriendo:

—El porvenir es siempre incierto, abuela.

XII

Durante una semana no se pensó más que en los ensayos de la revista teatral que debía representarse al día siguiente de las carreras.

Los La Balue, los Juzencourt y la señora de Nezel venían a Bracieux casi a diario, así como el señor de Clagny, quien se interesaba enormemente por los ensayos, y que apuntaba cuando a Giraud, que había aceptado tal puesto, no le era posible hacerlo, lo cual parecía encantarle con tal de ver representar a Monina.

Dubuisson, padre, y el señor Spiegel, iban algunos días a comer, y Dionisia, con el pretexto de traerle con más frecuencia al lado de su novia, decidió al joven profesor a representar un papel cortito en el que estaba rematadamente mal. ¿Se daba cuenta Juana de ello?

Notábasela triste en aquellos últimos días. Su buen humor, siempre igual, parecía alterarse; y el padre, estupefacto al ver a cada instante, sin motivo justificado, llenos de lágrimas sus ojos, presentía que alguna enfermedad estaba minando a su hija.

Los Rueille se habían quedado al fin en Bracieux. Bertrada, viendo a todo el mundo en contra suya, se resignó, abandonando la partida y siguiendo dócilmente el movimiento mundano en que estaba metida.

Bernés vino una tarde a invitar a la marquesa y a sus huéspedes a un rally-paper organizado por el regimiento. El haría de pieza. Se iban a construir obstáculos; aquel rally-paper superaría a cuantos se hubieran corrido.

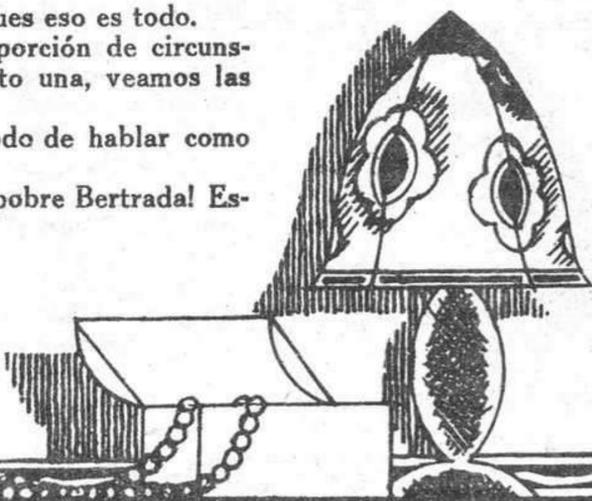
Monina consiguió de su abuela que la dejara asistir a caballo. Rueille y Juan de Blaye respondían de que no la ocurriría nada. Además, era muy prudente; como casi todos los que montan bien, no se exponía sin necesidad y sabía evitar los accidentes.

La señora de Bracieux retuvo a Huberto de Bernés a comer. Por la noche dijo a Bertrada, señalando a Dionisia, que hablaba con él:

—¡Qué cosa más rara! Monina parece otra con ese joven. Antes apenas si le saludaba distraídamente. Ahora parece que se le «sorbe», para servirme de vuestro lenguaje.

Y la marquesa, intrigada, añadió:

—Es un hecho que ha cambiado con él de modo de ser.



—Su actitud hacia ella tampoco es la misma —respondió la señora de Rueille.

—¡Verdad! Las primeras veces que vino a Bracieux me sorprendió su frialdad con este encanto de criatura, a quien todo el mundo adora. Estaba con ella educado, nada más.

—Hoy no está aún muy entusiasmado; pero ha hecho progresos considerables. Se prepara a seguir la senda corrida por otros.

Y la marquesa preguntó, mirando a la señora de Rueille:

—Dime, cuando últimamente me hablaste del casamiento de Monina, ¿no tenías alguna idea en la cabeza...?

—¿Una idea en la cabeza?

—Sí. ¿Piensas por casualidad que Monina ama a Bernés?

—Ya le he expuesto a usted, abuela, hoy mismo, mi creencia de que Monina no ama, no ha amado y no amará nunca a nadie...

—Si me lo hubieras dicho como me lo dices en este momento, habría protestado, de seguro. Me parece imposible equivocarse de una manera tan absoluta como te ocurre ahora. ¡No amar a nadie!... ¡Monina, que precisamente está necesitada como nadie de caricias y afectos!

—Claro que está necesitada de caricias y afectos; ¡quién lo duda! Necesita que la acaricien y la amen; pero no siente la necesidad de acariciar ni de amar.

—Dicho de otro modo, que es una naturaleza seca, egoísta... —replicó la marquesa con cierto disgusto—. Veo, Bertrada, que sientes rencor hacia Monina por su encanto, sientes rencor de que nadie pueda resistir a su simpatía infinita. Y en vez de meterte con Pablo, que es el verdadero culpable, la acusas a ella malamente.

La señora de Rueille respondió con dulzura:

—Yo no acuso a Monina ni a Pablo, abuela. Tanto menos cuanto que no creo en el libre albedrío... Sí, ya sé que la molesta oírme hablar así; que encuentra usted en ello algo de blasfemia, ¿no es verdad? Y, sin embargo, Dios sabe lo indulgente que me hace el género de reflexiones a que a veces me entrego...

El señor Clagny se acercó preguntando:

—¿Qué conspiran ustedes dos en este rincón?

—Nada... —dijo la señora de Bracieux—, miramos a Monina, que me parece en camino de suavizar al joven amigo Bernés.

El conde se volvió inquieto:

—¿Suavizar...? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Lo que entiende todo el mundo. Hace ocho días, cuando comió aquí con nosotros, parecía helado. Pues bien, empieza el deshielo.

—¡Bah! —dijo Clagny, cuyo rostro se serenó en seguida—. Se me olvidaba que tiene un arreglillo..., un arreglillo que le encanta..., hasta el punto de quererse casar, lo que encanta mucho menos a su padre, como pueden ustedes suponer.

Y añadió distraído:

—Por este lado estoy tranquilo.

—¿Tranquilo...? —preguntó asombrada la señora de Bracieux—. ¿Por qué tranquilo...? ¿No querría usted que se casase con el señor Bernés..., por qué?

—Porque es tan joven... Monina —balbuceó desconcertado.

—¡Cómo tan joven! Tiene ya edad de casarse. Veintidós años en noviembre.

—Entonces Huberto es el que resulta demasiado joven para ella. ¡Es un chiquillo...!

—Ciertamente me gustaría más que se casase con un hombre de más representación; pero en fin, si éste le gustara, tiene apellido ilustre y una gran fortuna... ¿Por qué no él en vez de otro?

El señor de Clagny preguntó con mucho interés:

—¿Pero cree usted de verdad que le gusta a Monina?

—No lo sé —dijo riendo la marquesa—. Pero ¿a usted qué puede importarle eso...? Comprendo que se inquietasen Juan y Enrique..., ¡pero usted...!

Como él guardase silencio, prosiguió:

—El cuento del perro del hortelano, que ni comía las berzas ni las dejaba comer...; tal es su caso, pobre amigo mío... Porque ¿supongo que a usted no se le ocurrirá casarse con Monina...?

Bromeando, pero con cara de preocupación, respondió:

—A mí sí se me ocurre, ya lo creo. A quien no se le ocurrirá es a ella. De modo que como si no...

—Monina llegaba en este momento con Bernés, que la seguía afirmando contrariado:

—La digo, señorita, que ese día es imposible separarme de mis compañeros...

—¿No es verdad, abuela, que el día del *rally-paper* debe comer en Bracieux el señor de Bernés?... A él le toca hacer de pieza, y

la batida será en las Cinco Trincheras, a un kilómetro de aquí, todo lo más.

La señora de Bracieux, examinando con benevolencia al joven oficial, respondió:

—Sí, señor; tiene usted que comer en Bracieux, nos complacerá a todos,

—Es usted muy buena, señora, invitándome; pero acabo de decir a la señorita de Courtaix que ese día, después del *rally-paper* que el regimiento ofrece a los habitantes del país, estoy comprometido a comer con algunos de mis compañeros.

Y añadió mirando a Monina, a pesar suyo:

—Y lo siento, señora..., ¡más de lo que usted puede figurarse!

Brincando sobre sus altos tacones, Dionisia se dirigía ya hacia el otro lado del salón, no siendo muy bien recibida por Pedrito, que la dijo cariacontecido:

—¡Te nos has escapado de mala manera, sabes!

Y como el señor Jonzac, que aunque jugaba con el abate tenía el oído atento a todas las conversaciones, quisiese protestar de aquella manera de formular un reproche, justo en el fondo, Pedrito respondió convencido:

—¡Es verdad!... Yo no tengo dos cuartos de purista; pero no importa para que sea cierto lo que digo... y lo que decían los demás hace un momento, que no era yo sólo.

—Señorita —dijo Giraud, que miraba hacia afuera por el mirador—. ¿No decía usted ayer que le gustan las estrellas errantes?... No he visto nunca tantas como esta noche...

—¿De veras? —preguntó Dionisia apoyándose de codos junto al profesor.

—¿Qué es aquello que se mueve a la izquierda? —preguntó luego, inclinándose—. Me parece ver algo blanco en la terraza...

—Es la señorita Dubuisson que se pasea con su padre y el señor Spiegel.

—Vamos con ellos, ¿quiere usted?

Giraud aceptó, feliz de poderse pasear al lado de Monina, en aquella hermosa noche de verano.

Una vez en la terraza, ella preguntó:

—¿No le parece a usted indiscreto que vayamos a molestarles y a perturbar una conversación de familia? Paseémonos bajo los castaños y ellos vendrán a reunirse con nosotros, si quieren.

Y bajando por la escalinata de marmol penetró en la oscuridad de la noche bajo el tresbolillo de castaños. El joven la seguía paso a paso, dándole brincos el corazón, loco de felicidad, pero inquieto por sí mismo. Anduvieron un rato sin hablar; al fin, Monina, alzando la cabeza para ver entre los árboles un trozo de cielo, dijo:

—No es éste muy buen sitio para ver correr las estrellas.

Giraud respondió, deseoso de seguir en aquel rincón sombrío donde tan cerca de ella se sentía:

—No es tan malo... Podemos verlas bien..., mire usted una..., ¿no la ha visto?

—Sí, pero muy mal, y no el tiempo necesario para pedir una cosa.

—¿Pedir una cosa?... ¿Qué?...

—Lo que sea. ¿No sabía usted que cuando se ve correr una estrella debe formularse un voto?

—No; no lo sabía. ¿Y se consigue lo que se pide?

—Eso dicen.

—¿Tiene usted preparada alguna petición, para no encontrarse esta vez desprevenida en el momento oportuno?

—Sí, tengo una; pero irrealizable.

—No me atrevo a preguntarla...

Ella dijo dulcemente:

—Quisiera ser otra distinta de la que soy. Sí; quisiera ser una joven bonita, de condición humilde, que pudiera vivir lejos de la gente y casarse con quien quisiera... Ser, en una palabra, feliz a mi modo, sin preocuparme, sin ocultarme.

Y añadió muy bajo:

—Sin censurarme yo mismo.

Caminaban juntos, tan juntos que sus hombros se rozaban a cada paso. Giraud trastornado, balbuceó:

—Habla usted como si quisiera a alguno...

Adivinó que ella volvía hacia él la cara, pero no la oyó decir nada.

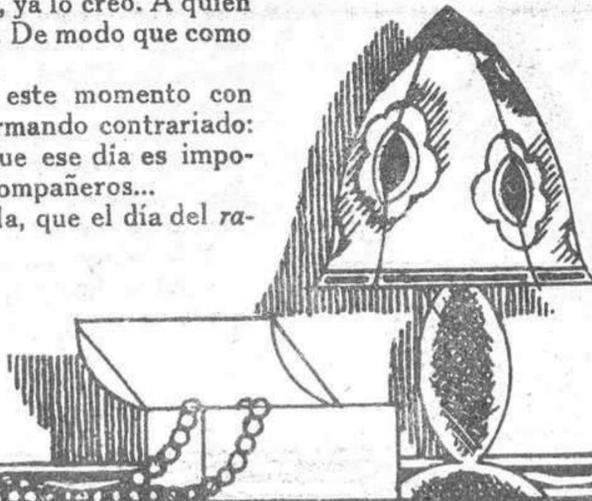
En aquel momento un mochuelo, desde una rama próxima, en la negra espesura de los árboles, lanzó un chillido doloroso e inquieto que asustó a Monina. Al desviarse hizo vacilar a Giraud, que la estrechó la mano apasionadamente, murmurando:

—¡Dionisia!...

Ella le dejó hacer, sin oponer resistencia; pero al desahirse de Giraud dijo con voz dolorida y tierna:

—¡Oh... qué mal... qué mal está lo que acaba usted de hacer!

(Continuará en el número próximo.)



LOS GRANDES MODISTAS



NICOLE GROULT

La combinación de negro con rosa, que ayer nos hubiera parecido algo extraña, está actualmente muy en boga. «Nicole Groult» nos presenta un vestido de crespón de China negro sobre un viso rosa. Es de notar la forma muy nueva del canesú rosa; la parte inferior de las mangas, muy hueca, es rosa también.

NICOLE GROULT

Otro vestido de crespón de China negro; pero éste va adornado con raso blanco; los puños son muy originales: están formados por una tira de raso blanco, que va incrustada en el crespón negro, cruza por debajo y se anuda sobre la mano en una lazada bastante ancha. La corbata y la cintura forman asimismo lazadas de raso blanco.

ALICE BERNARD

A la izquierda, encantador trajecito de muchacha, indicadísimo para bailar por la tarde o en reuniones íntimas. Es de crespón «Majunga», color «beige»; la pegadura de la falda forma picos.

ALICE BERNARD

Se ven aún algunos vestidos de crespón en un tono degradado, como el que aparece aquí, a la derecha. Es azul, un azul precioso, que empieza muy claro en la parte superior y se va oscureciendo en el bajo, que termina formando picos. El vuelo va recogido a los lados por dos grupos de frunces. Este vestido, muy propio para teatro o para «soirées», es de una elegante sencillez.





JEAN PATOU

Una originalidad de «Patou»: sobre este traje de terciopelo rubi, una ancha lazada de raso flexible forma un movimiento muy acentuado hacia adelante.

WORTH

Abajo, a la izquierda, traje de crespón de seda «beige» adornado con anchos medallones cuadrados, bordados con grueso cordoncillo en el mismo color. La línea del vestido sigue la del cuerpo.

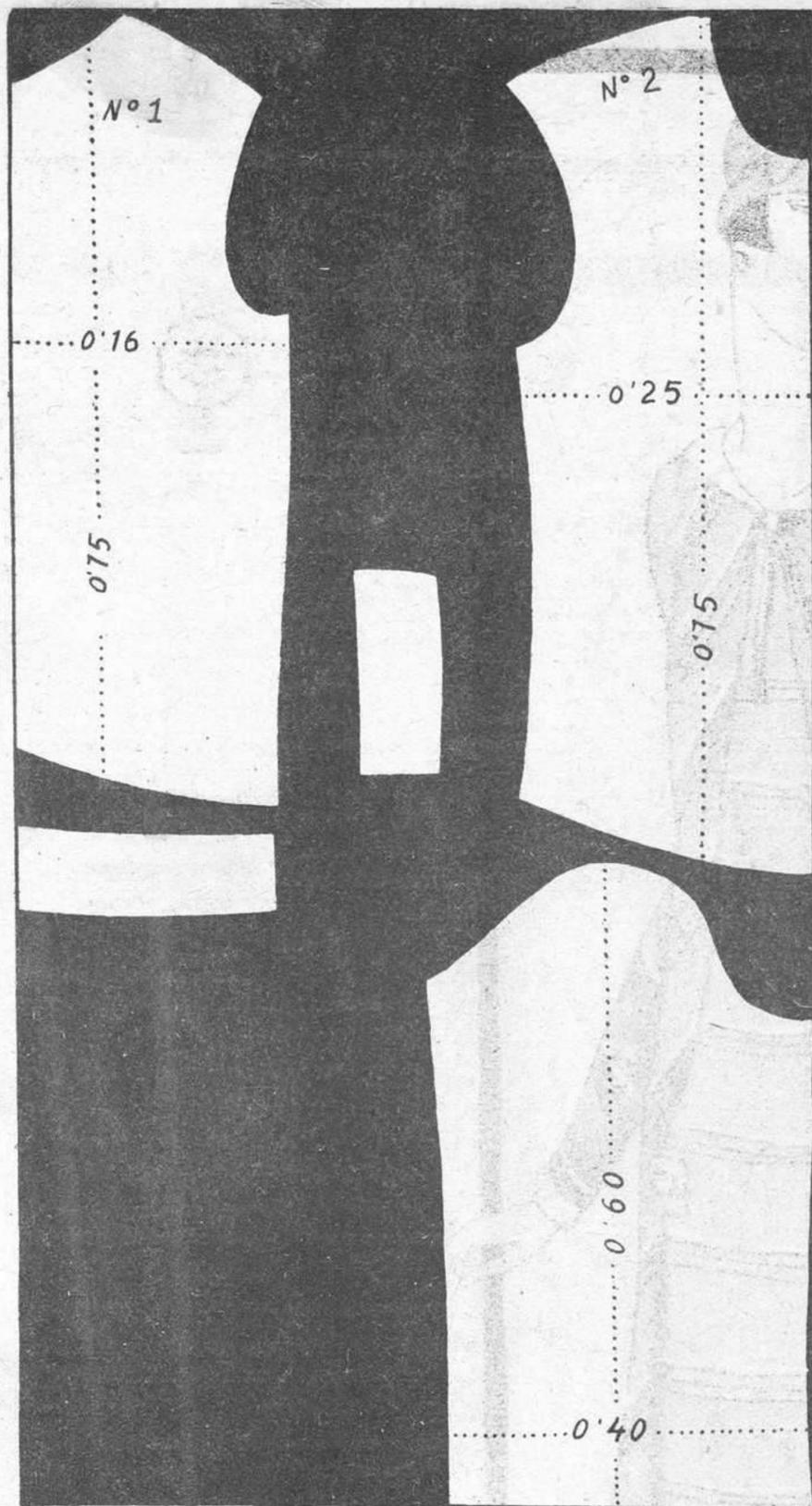


JEAN PATOU

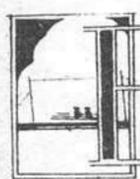
Pero la sencillez sigue siendo una de las maneras predilectas del mismo modista, como lo demuestra este vestido de crespón, de una línea armoniosa, que se ensancha hacia abajo. En el escote, un cuello «drapé».

WORTH

A la derecha, traje de mañana, ensanchado por delante por un delantal cortado muy en forma. Es de reps «beige»; las mangas van fruncidas y llevan un puño estrecho.



La Costura en Casa



ESTE abrigo se hace con una tela de un metro de ancho; hacen falta dos altos, más el largo de las mangas; es decir, 1,50 para la espalda y el delantero, y 0,60 para las mangas. Se dobla la tela por la mitad y al hilo, cuidando de que el medio de la espalda coincida con el dobléz de la tela (fig. núm. 1); la figura núm. 2 es el delantero. Las mangas, el cuello, que va al hilo, y los bolsillos saldrán de lo que sobre de tela.

El delantero y la espalda van unidos, naturalmente, por una costura debajo de los brazos. Luego se hacen las costuras de los hombros. Se prueba, se hacen las rectificaciones a que haya lugar, se cosen las mangas y se vuelve a probar.

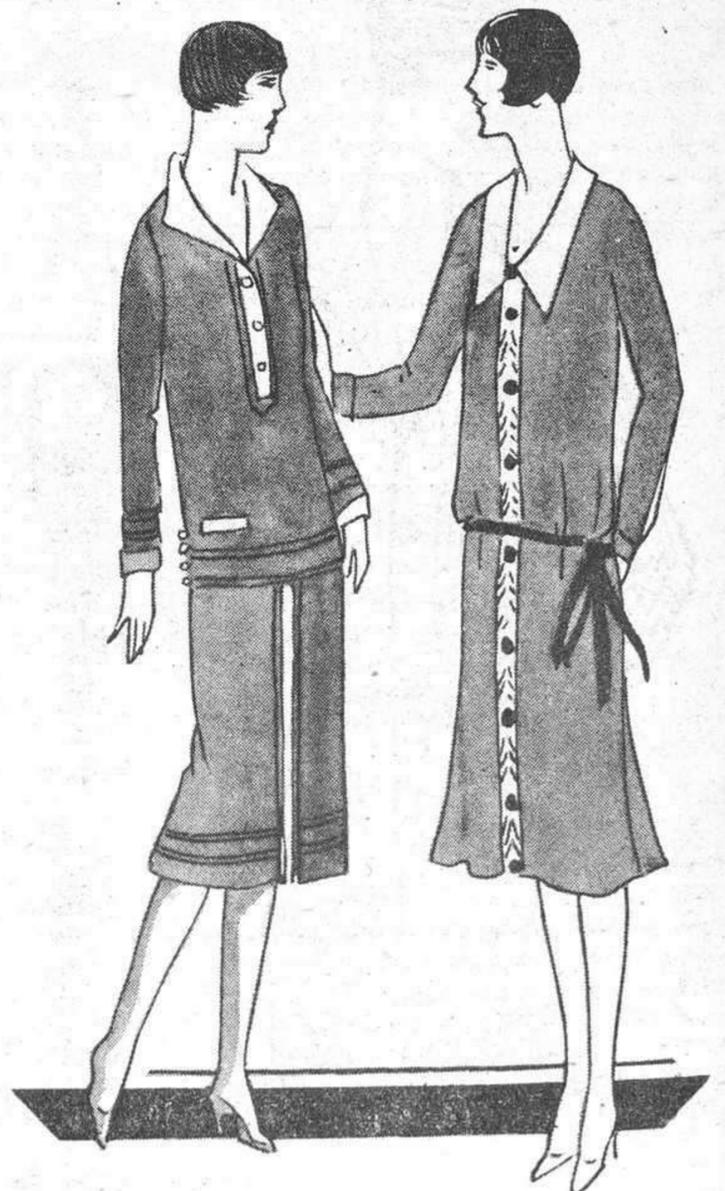
Finalmente, se pegan los botones y se ribetea la prenda con una tren-cilla de seda.



Monísimo trajecito de «sport». La falda es de jersey blanco con listas verdes y negras; el cuerpo es de jersey blanco con un cuellecito y una corbata de «gros grain» verde.

Ingeniosa disposición de una tela listada. Este vestido, muy elegante, favorece a las muchachas excesivamente esbeltas. Resulta encantador en terciopelo gris con listas negras y blancas.

La Moda



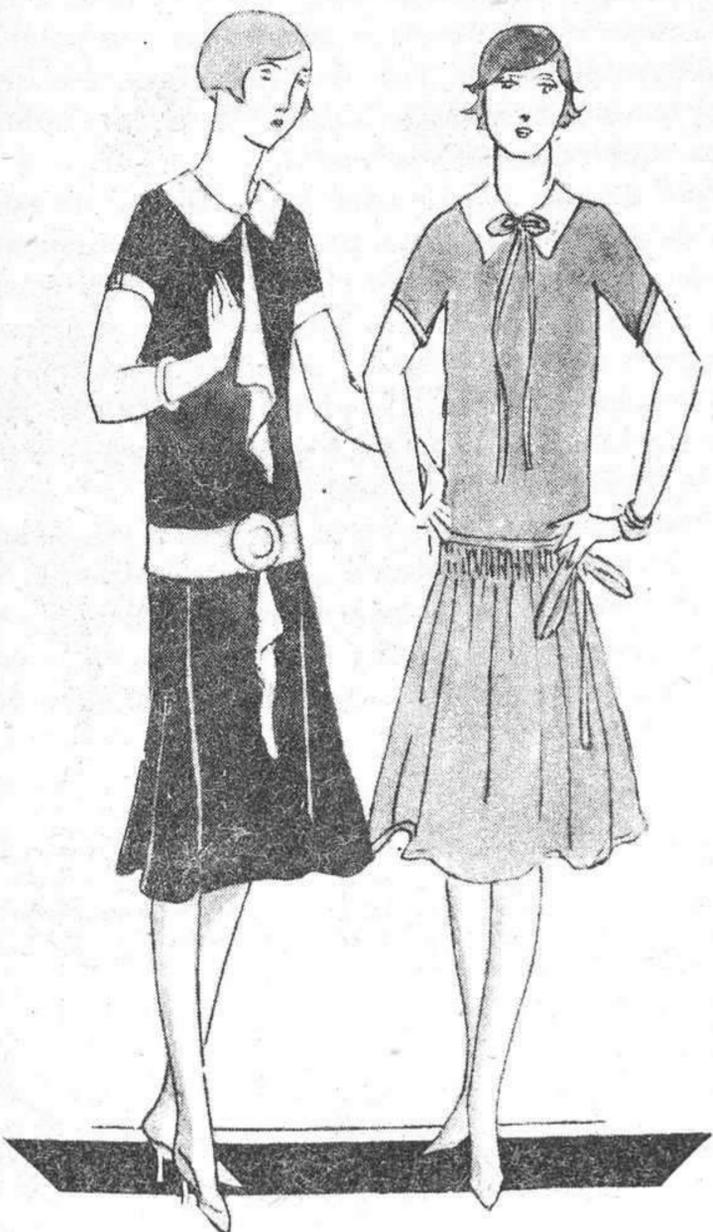
Vestido-«sweater» de jersey muy fino, verde rabioso con listas verde oscuro. El cuello y los puños son de piqué blanco. Por delante, una tabla hueca facilita la marcha. A la derecha, vestido de «crepe satin» color de espejito adornado con un galón bordado.



Sigue muy en boga el terciopelo gris adornado con cuero plateado. Resulta muy indicado para una muchacha. En este modelo los puños son muy «evasés».

Juvenil

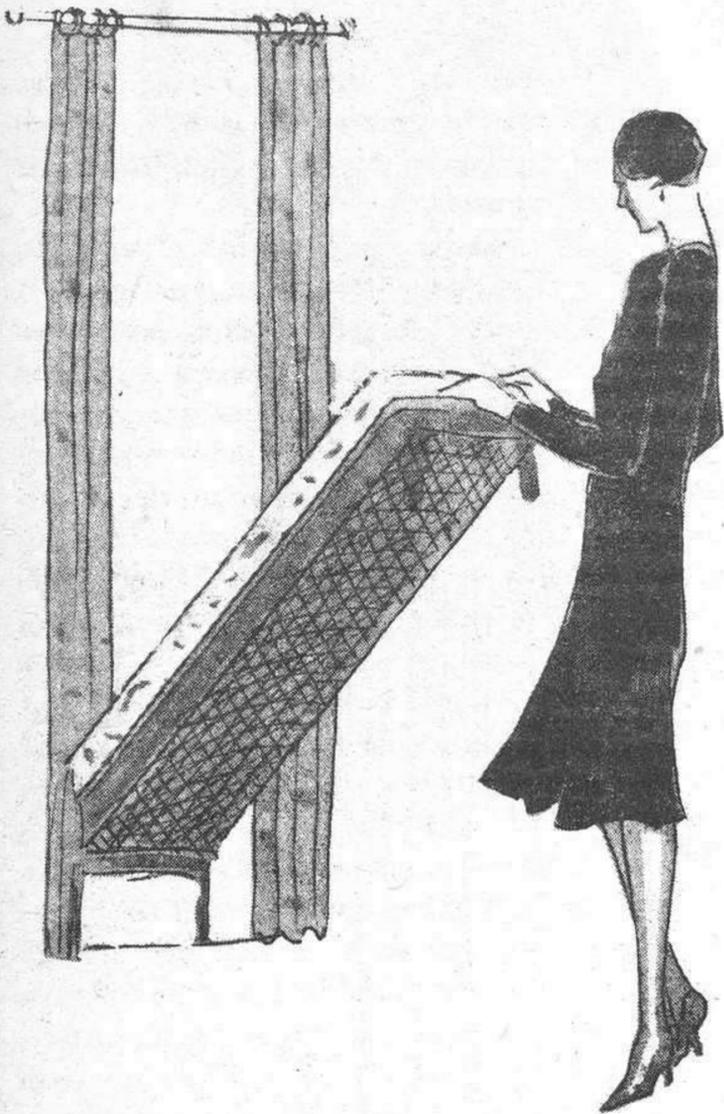
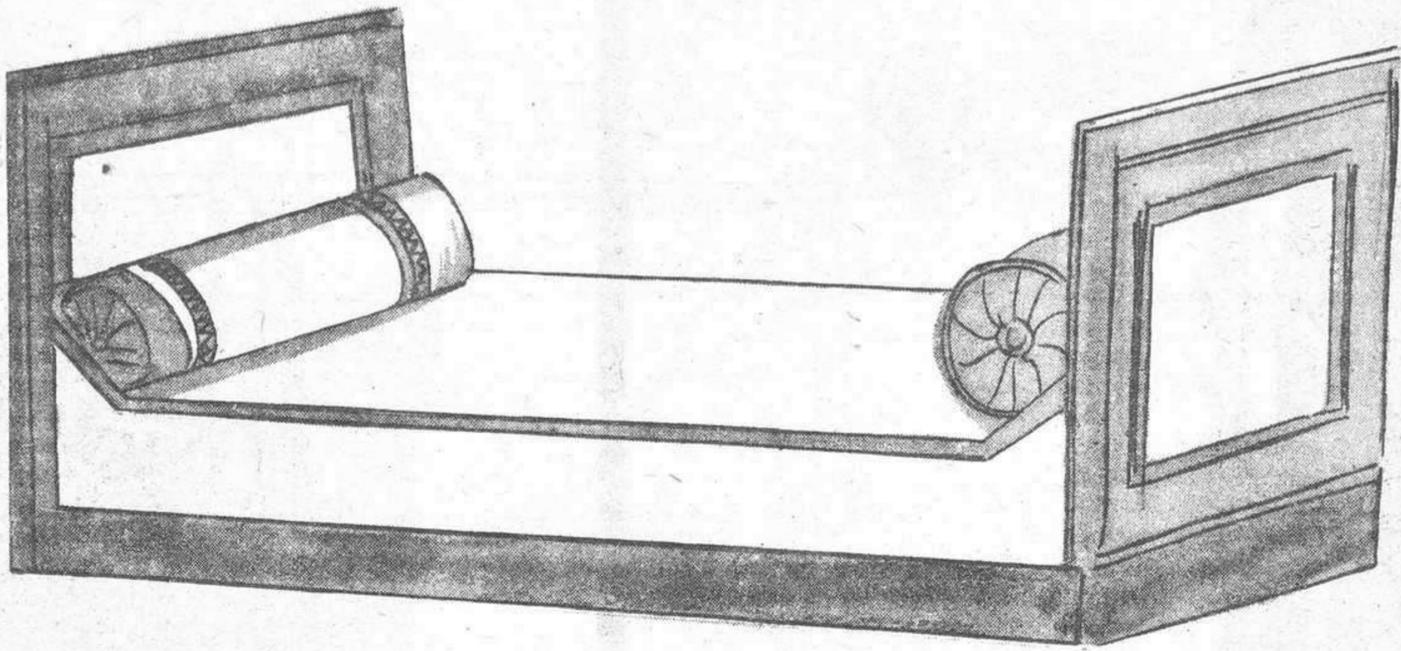
¿Hay hechura más encantadora para una muchacha que el «sweater» con la falda plisada? Este modelito suele obtener un éxito considerable.



De estos dos vestidos, el primero es de terciopelo negro y crespón de China rosa; el segundo, de muselina de seda, color «flor de capuchina»; va muy fruncido en las caderas. El cuerpo está algo ablusado.

EL HOCAR RISUEÑO

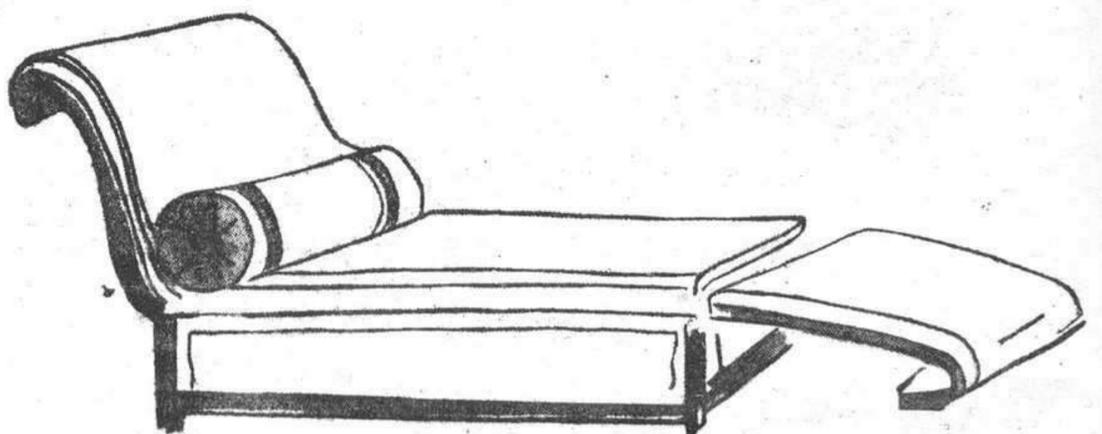
Para el huesped
imprevisto



Merced a un ingenioso sistema de visagras, la cama, con su colchón y su «sommier» metálico, puede doblarse y colocarse contra la pared, oculta por una cortina de colores risueños y modernos.



Abajo, a la derecha, la butaca-cama que nos viene de América.

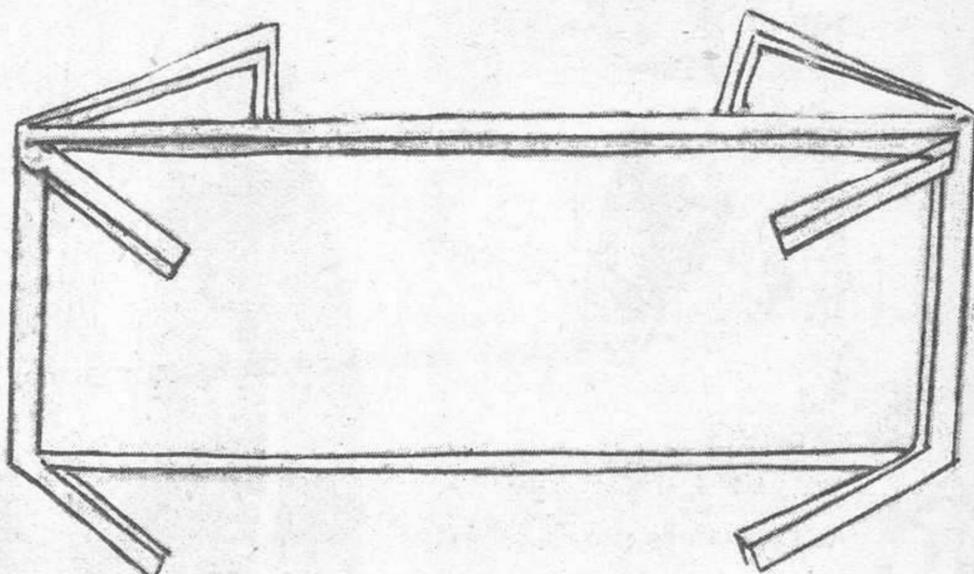
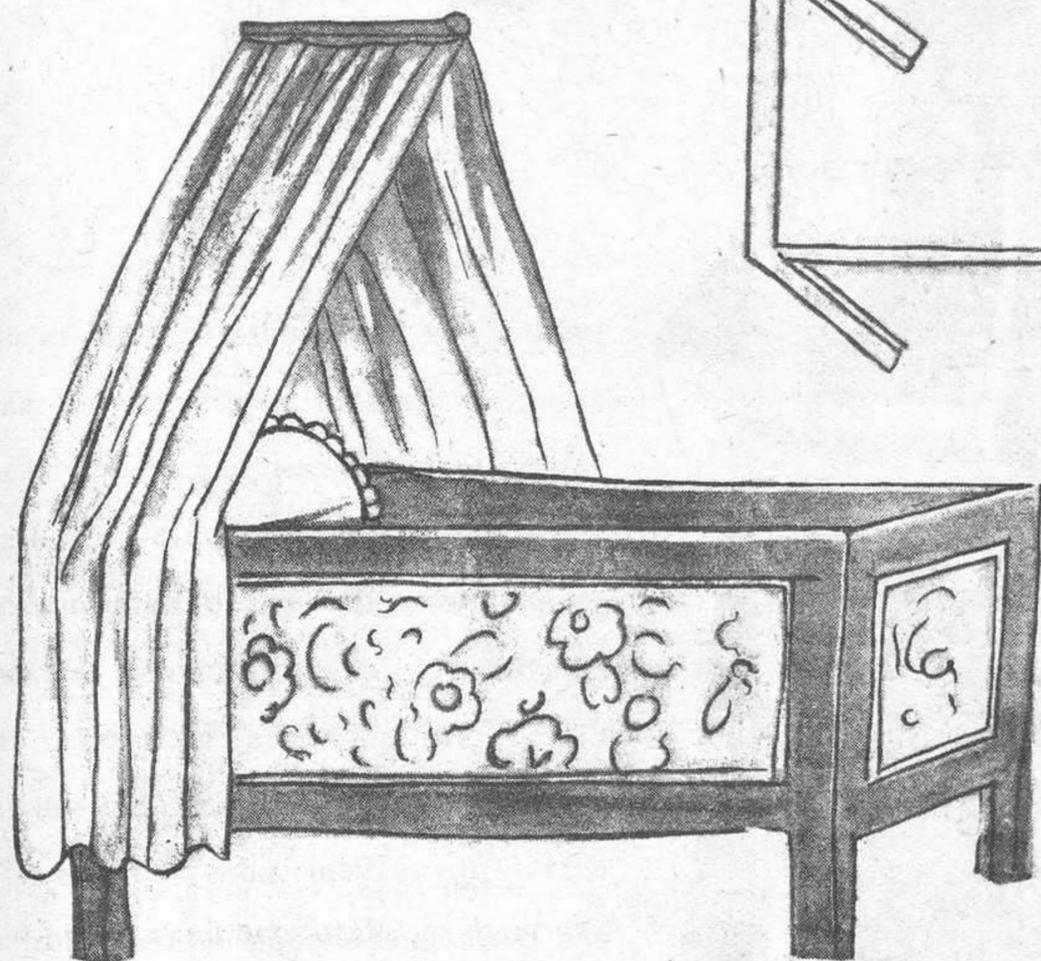


A crisis de la vivienda constituye una de las plagas de la época actual, y los pisos modernos suelen ser de una exigüidad realmente excesiva. Para remediar, en lo posible, estos inconvenientes, se han ideado mil recursos ingeniosos: uno de ellos es la supresión de la cama. ¿Cómo disimular este mueble embarazoso y convertir una alcoba de muchacha en un saloncito donde pueda recibir a sus amigas los días en que las visitas llenen la sala? ¿Cómo, también, alojar al amigo o al pariente forastero, que llega de improviso y para quien conviene tener siempre una cama de más en la casa?

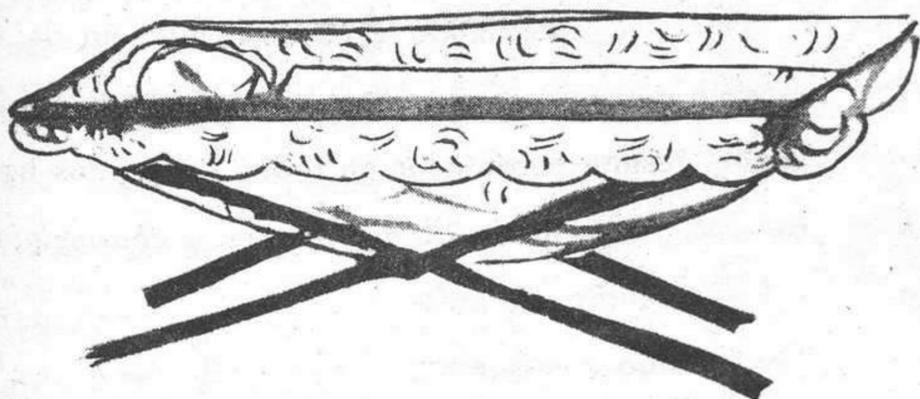
Hallaréis, en estas páginas, distintas combinaciones, a propósito para las casas de ahora. Primero, he aquí una funda para la cama de hierro. ¡Es tan fea esta cama, su aspecto es tan miserable! Y, sin embargo, no nos resolvemos a desprendernos de ella. Haréis, para cubrirla, una funda recta, de lienzo, que adornaréis con galones o tiras respunteadas, de colores diferentes. El cubrecama será también una especie de funda, y unos sobres cuadrados encerrarán las almohadas.

En el *hall* de una casa de campo he visto una de estas horribles camas transformada, por este procedimiento, en un diván encantador. Como el conjunto de la estancia era modernísimo, los tonos elegidos fueron naranja y violeta; pero pueden hacerse también combinaciones de color menos violentas. Por ejemplo: una funda azul *nattier* con galones respunteados grises, o unas tiras de tela florida sobre un fondo verde oscuro.

La segunda manera de disimular esta cama importuna es quizá aún más ingeniosa: consiste en un sistema de visagras, merced al cual la cama, con su colchón y su *sommier* metálico, puede, hecha y todo, doblarse y colocarse contra la pared; las patas, naturalmente, se do-



blan también, y todo ello queda oculto por una cortina que cae de una cornisa clavada a la altura que se quiera; sobre esta cornisa, un florero o unos libros resultarán de un efecto encantador; huelga decir que la cortina debe clavarse a la cornisa, rodeándola por completo, a fin que no pueda adivinarse el subterfugio; esta disposición es particularmente acertada

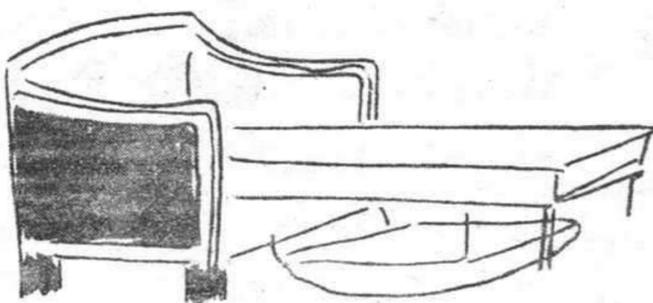
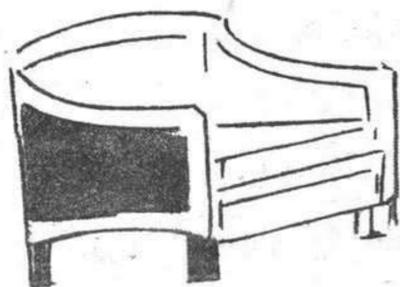


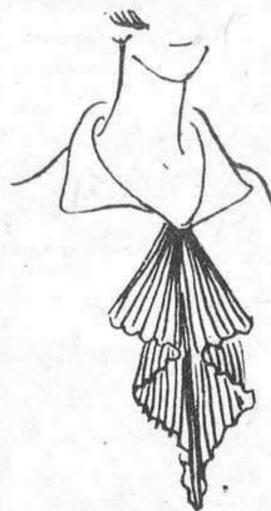
cuando la cama se puede colocar en un armario de esos de pared, al que se le quitan las tablas y las puertas.

Todas conocéis los divanes de los que se dobla una parte; quizá conocéis menos las cunas plegables, tan práctica para los viajes. Las hay en las que se pueden doblar los cuatro costados;

otras, más sencillas, se componen de cuatro patas en forma de X, que soportan una pequeña hamaca de lienzo florido. El nene dormirá perfectamente sobre este mueblecito, que tan poco abulta.

Por último, queda la butaca-cama, que nos viene de América, y de la cual, en esta página, abajo, podéis ver un dibujo. La cama está oculta en una ancha butaca, y cuando hace falta se saca, realizando así, cada vez, un verdadero milagro. Otro milagro es el de la cama-telescopio, que se ha presentado en los *Concursos Lepine*, una de las exposiciones más curiosas e interesantes de París, puesto que en ella se admiran los pequeños inventos debidos al cerebro de modestos artesanos. El mueble de referencia es una cama de aluminio compuesta de tubos que encajan unos en otros como los tubos de un telescopio; esto resulta divertidísimo, pero es algo difícil de montar, y, por lo tanto, es inferior al clásico diván. De este último no necesito hablaros, pues estoy convencida de que poseeréis alguno en vuestra casa.





CUÁNTAS veces permanecemos perplejas ante un trajecito que queremos hacer o reformar, preguntándonos: ¿Cómo lo adornaré? Gran recurso, práctico y agradable, debían de ser los adornos que usaban nuestras abuelas: galones, rizados de cinta, *bouillonés* y otros. ¡Cuánto los echamos de menos en esta época de sencillez en que solamente se toleran combinaciones de matices de un mismo color o, en todo caso, adornos de perfecta sobriedad que forman, en cierto modo, parte del vestido mismo!

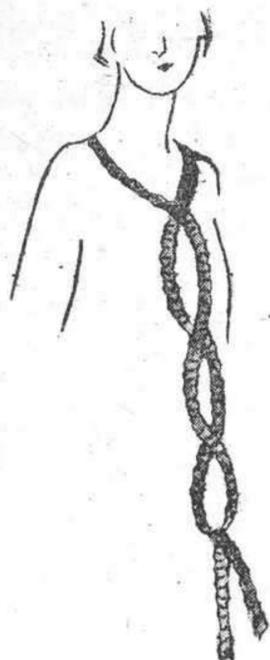
Vamos a pasar hoy revista a los adornos fáciles de hacer y que, llegado el caso, podrán sernos útiles. En primer lugar, hay que colocar los calados, que son un recurso excelente. La vainica, hecha a mano con los hilos del propio tejido, se usa poco porque exige una tela especial y una gran paciencia; pero muchos vestidos han debido su éxito a los calados a máquina o bordados.

Poco os diré del primero; ya todas sabéis que sustituye con elegancia las costuras en los vestidos ligeros, y que ribetea estos mismos vestidos con un piquillo airoso. El calado, hecho con algodón

perlé o con cordoncillo de seda es un adorno encantador y, para hacerlo más sólido, se borda casi siempre. Gracias a él se puede alargar un traje y aun sustituir un trozo del vestido, deteriorado, con otro, encuadrado por una vainica. Este adorno se repite, claro está, en otros lugares del vestido. Todas sabéis hacer estos calados; pero para que salgan perfectamente son imprescindibles las siguientes condiciones: las dos telas deben hilvanarse cuidadosamente por los bordes sobre un papel sin estirar el tejido y apropiando al espesor de éste el grueso del cordoncillo. Un cordoncillo excesivamente gordo no debe utilizarse con una tela ligera, porque pesa demasiado y además hace agujeros; un cordoncillo excesivamente fino da un

aspecto mezquino. Este adorno, si se utiliza debidamente, resulta encantador en todos los tejidos ligeros: raso, crespón de China y aun en la *charmeline*.

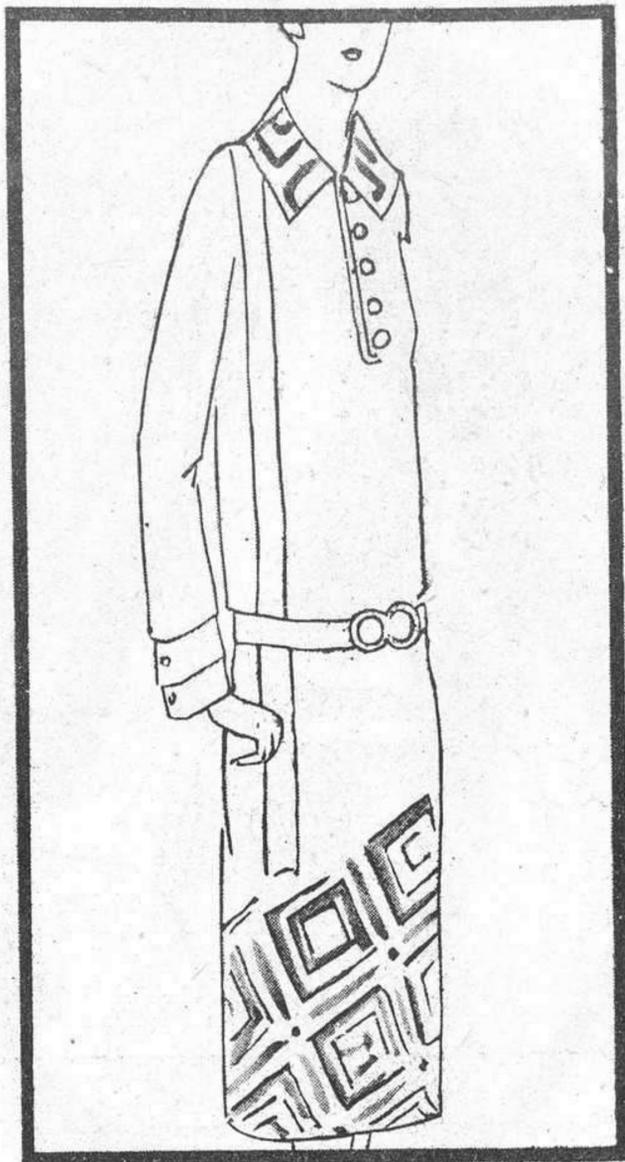
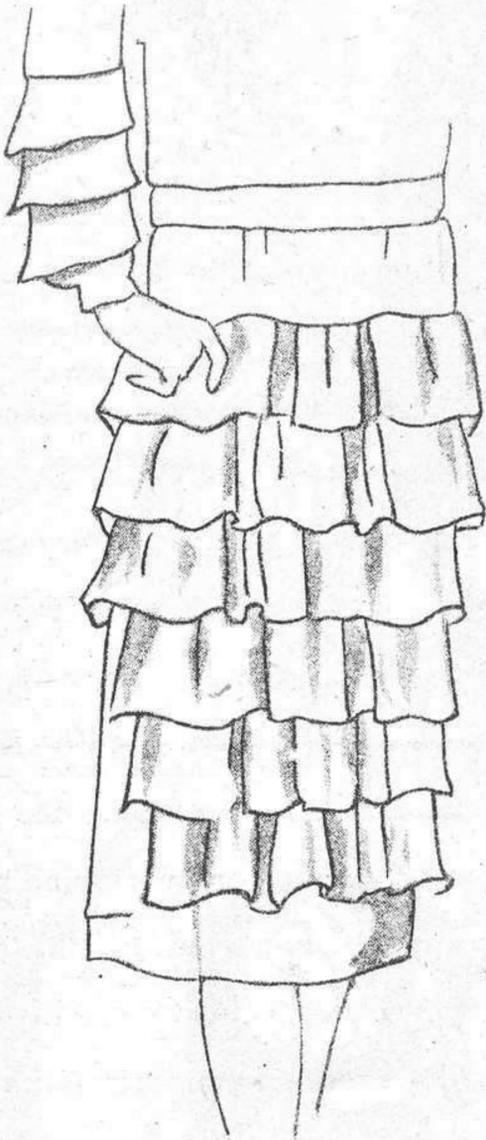
Los volantitos de crespón plisado son bonitos siempre. He visto hace poco un vestido de fino *reps* verde cortado «en forma»; el bajo, festoneado, iba bordeado por un minúsculo volantito de crespón de China plisado; en el cuerpo, dos pli-



Vestido de «reps» azul marino y crespón de China blanco. Un volantito plisado ribetea el cuello y los puños. Los dos cinturones son de charol blanco.

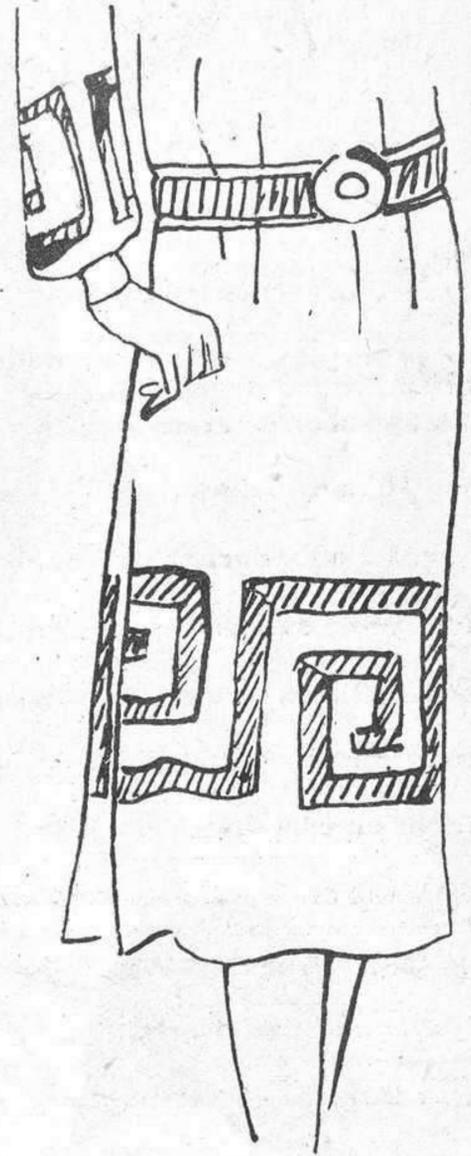


Los volantitos, cortados «en forma», remozan graciosamente el aspecto de los vestidos. Resulta más fácil ribetearlos con un vivo que hacer un jaretón.



Adorno pintado al «pochoir» sobre un traje de «kasha». Existen hoy unos lápices especiales, con los cuales resultan facilísimos de realizar estos dibujos. Suelen hacerse en el mismo color que el traje, en distintos matices.

Las tiras de tela, plisadas muy menudas son encantadoras, pero difíciles de hacer. Pueden sustituirse con algún tejido listado o de espiguilla, que se destaca maravillosamente sobre el fondo liso.



sados se apartaban ligeramente, dejando ver un diminuto chaleco formado por una cinta gris plata; un cuello gris adornaba el escote.

Un poco de encaje crema pone también una nota agradable en los vestidos, y últimamente, en una reunión elegantísima, me ha llamado la atención el renacimiento de la boga del encaje. Su empleo más sencillo es el del cuello redondo y los puños; pero existen otros medios de utilizarlo; así, por ejemplo, Patou hace con encaje unas chorreras dobles que salen del cuello, por delante, a ambos lados del vestido, y ayer tuve oca-



sión de ver un precioso vestido de terciopelo encarnado que llevaba una *ruche* de encaje crudo colocada por delante para ocultar el cierre. El encaje de Venecia tiene mucho éxito para cuellos y puños, porque lo mismo le va al terciopelo que al crespón de China.

También la cinta *gros-grain* puede ser útil; sirve para hacer cuellecitos rectos cerrados con una corbata o para ribetear las mangas y el bajo del vestido, lo cual da al conjunto un aspecto pulcro e impecable.

También la cinta *gros-grain* puede ser útil; sirve para hacer cuellecitos rectos cerrados con una corbata o para ribetear las mangas y el bajo del vestido, lo cual da al conjunto un aspecto pulcro e impecable.

Reaparecen los adornos de encaje. No los hay más graciosos. Se emplean principalmente en color ocre claro o crudo, y se hacen con encaje chalecos monísimos.

Sombreros



JANE BLANCHOT

Sombrero de «gros-grain» negro, ribeteado con cuero de plata. La copa es muy alta.



MARIA GUY

Fieltro afelpado color «beige». El ala va levantada a un lado por un pájaro de cuero dorado pegado al fieltro.



JANE BLANCHOT

Esta «toque» tiene la copa de raso encerado negro. El borde y las alas de ave que adornan la «toque» por detrás van forrados de felpa de seda rosa.

MARIA GUY

Fieltro verde almendra plegado a un lado, con una fantasía de plumas de garza del mismo color que el sombrero.



JANE BLANCHOT

Ya aparecen los sombreros de paja. Este modelo está compuesto de una combinación de paja y de «gros grain» verde almendra.



JANE DUC

Ancho sombrero de tafetán negro. En la copa, muy alta, va bordada una rosa de plumas, en rosa y verde.

DELANTALES



Las faenas del hogar no están reñidas con cierta coquetería. He aquí algunos delantales que os permitirán confeccionar, sin manchar vuestro vestido, ricas reposterías y sabrosos manjares.

Arriba, a la izquierda, un «cubrelotodo» de «tulle» azul, bordado con un grueso bramante azul más oscuro. También resulta bonito en rosa o verde con dibujos hechos con bramante en su tono natural.

Arriba, a la derecha, delantal envolvente con dos tiras que cruzan por detrás. Es de cretona naranja y gris, con un ribete de lienzo gris.

Algunos canelones modernizan este delantal — en el centro, a la izquierda — hecho con cretona de la de los muebles. Los he visto con gruesas rosas rojas y follaje verde sobre fondo negro.



En el centro, a la derecha, montísimo modelito de crespón de China lavable estampado en varios colores. Va sujeto al cuello por una cinta.

De los dos delantales que aparecen abajo — a la izquierda y a la derecha —, el primero tiene la parte del centro plisada, pegada a una ancha franja lisa. Advértase la hechura original del segundo, de crespón florido.



Para la



EXISTE una ocupación más grata que la de trabajar para los pequeñuelos? Las mamás inventan cada día ideas encantadoras, descubren puntos nuevos.

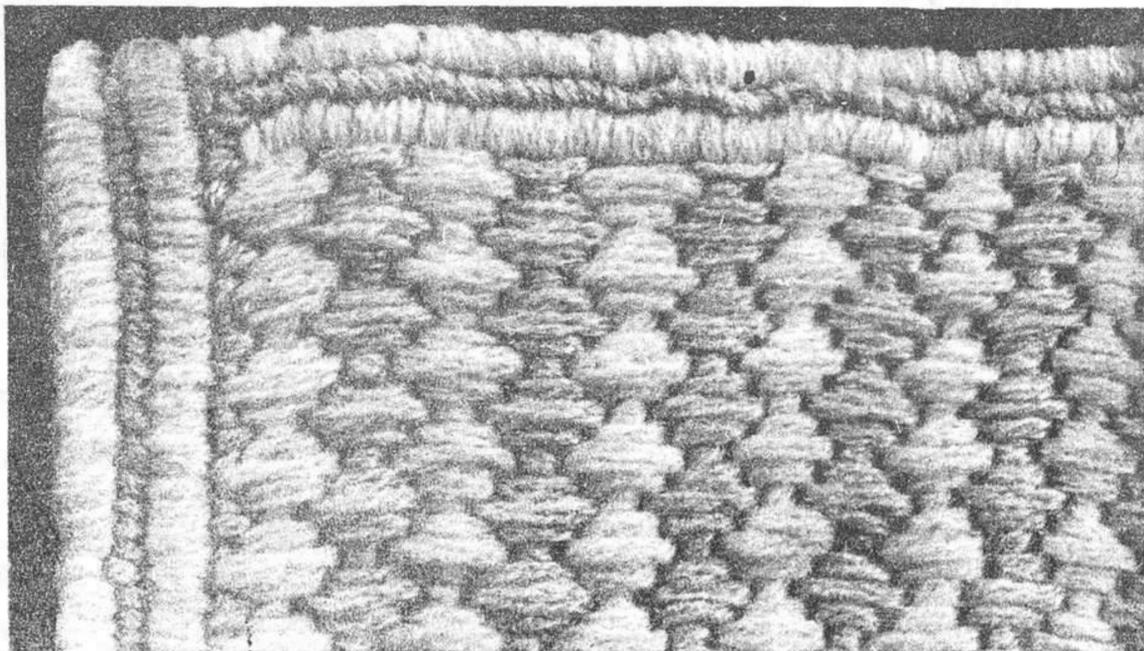
Presentamos hoy algunos modelos sencillos, y que tienen, sin embargo, el mérito de estar exentos de vulgaridad.

Los delantales y los trajecitos que aparecen en esta página, arriba, son sencillísimos de forma. A la izquierda, delantal de *toile* color crudo, bordado con algodón azul, «al pasado» y a punto de cadeneta; va orlado por un festón recto, de puntadas muy separadas.

Huelga decir que los colores pueden variarse hasta el infinito.

Al lado de este delantal, trajecito de linón, bordado a punto de nudo, con babero igual.

El delantalito de linón que aparece en la página siguiente, arriba, tiene una hechura graciosa y no presenta dificultad alguna de corte. Se venden en las tiendas, triángulos de encaje o de tela bordada que vienen muy bien al caso; si os falta tiempo para prepararlas personalmente, también puede servir un cuadro cortado en dos.



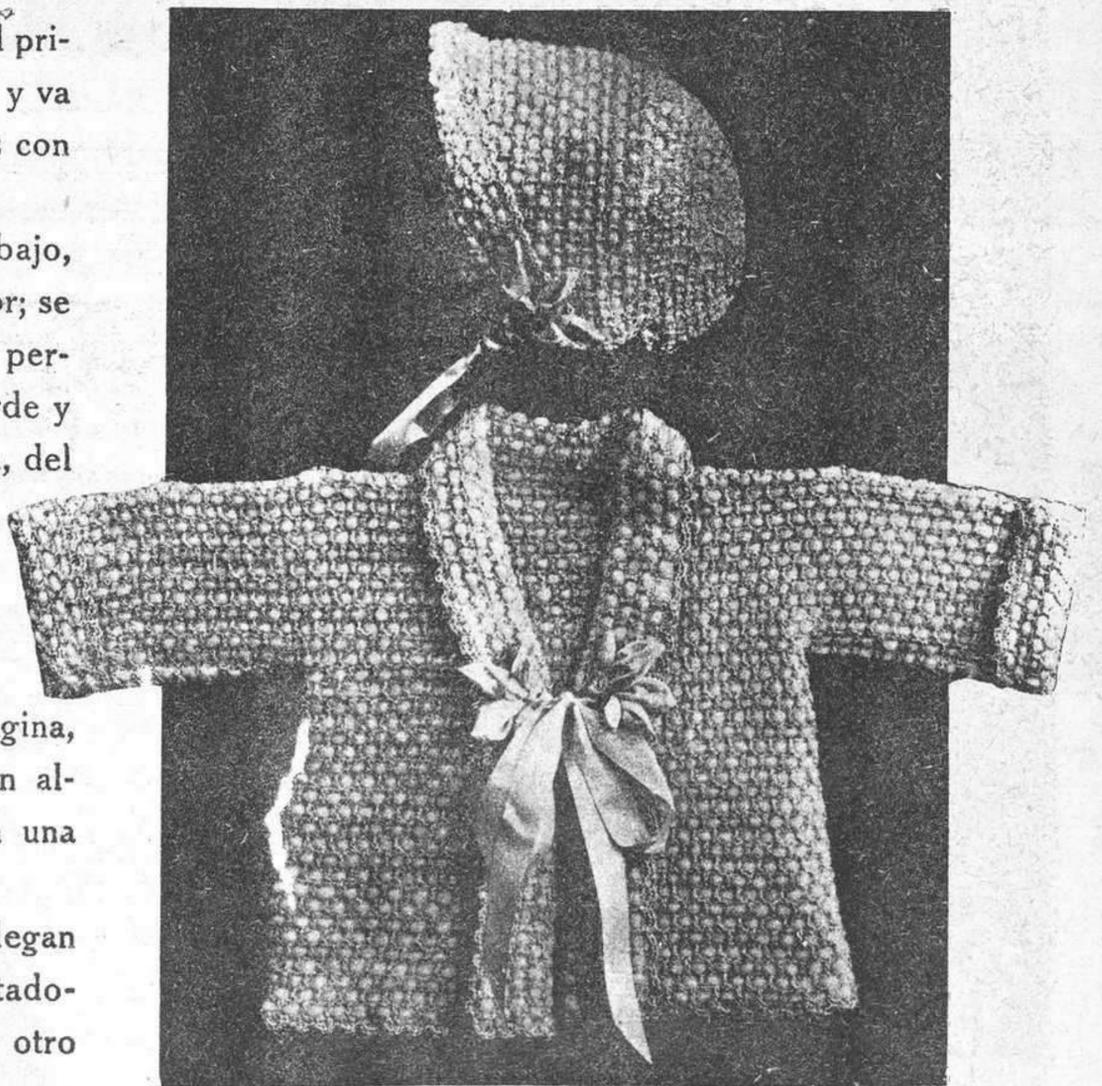
Canastilla



El delantalito que aparece al lado del anterior es de lienzo de hilo, y está bordado a punto de nudo; resulta encantador para un niño; se hace principalmente en lienzo de Vichy.

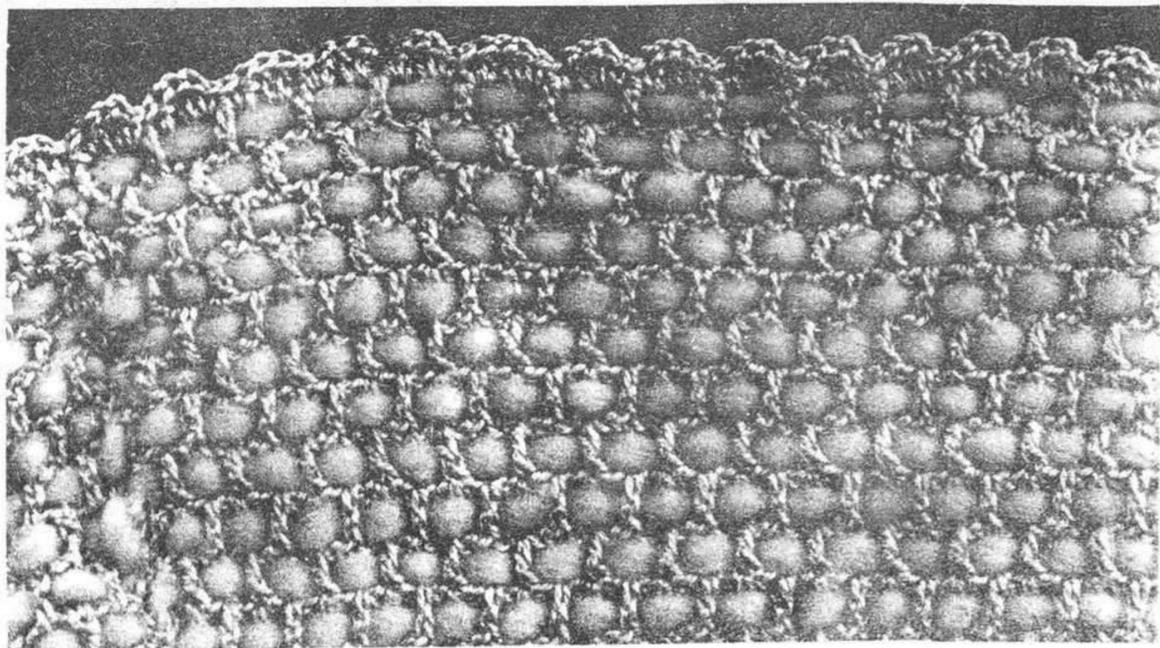
En una y otra página aparecen unos juegos de una graciosa originalidad. El primero es de tul-malla, de anchos agujeros, y va enteramente cubierto de rombos bordados con lana céfiro.

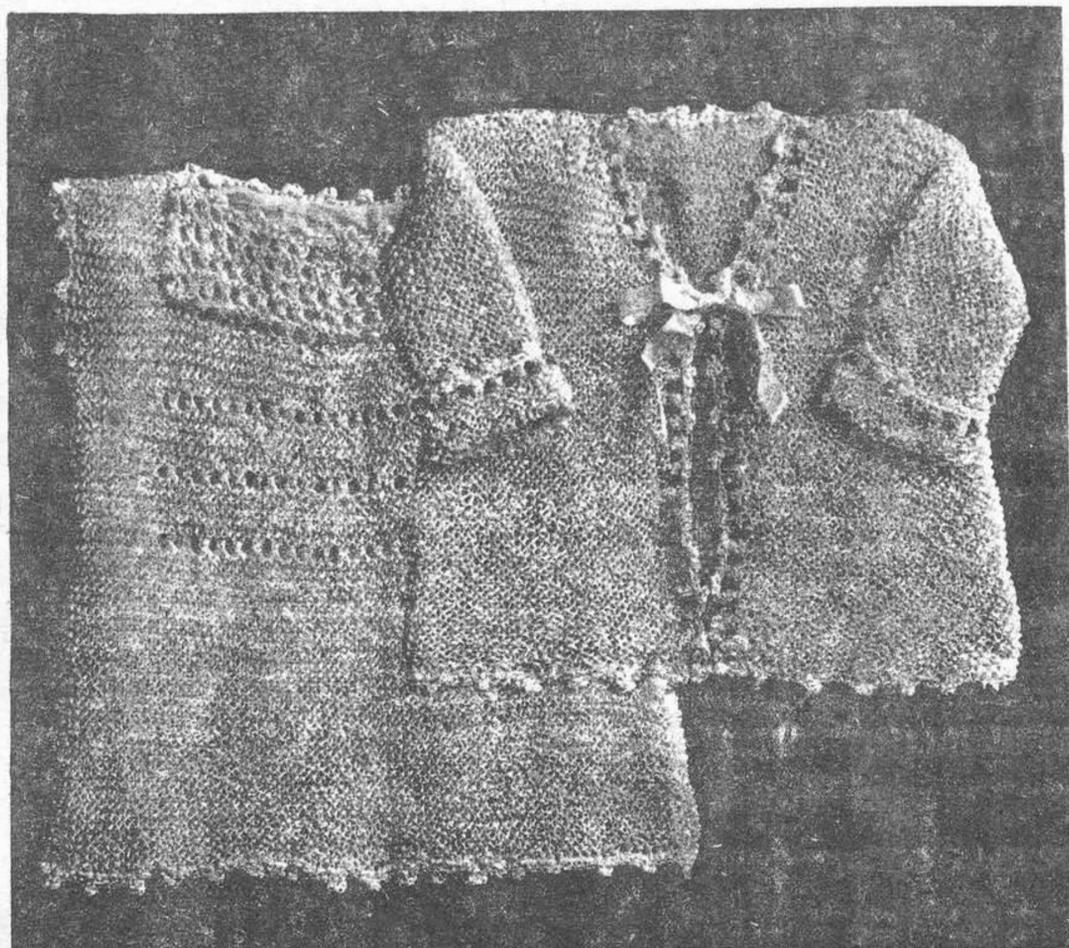
Por el detalle ampliado que aparece abajo, veréis cuán sencilla de realizar es esta labor; se hace en dos lanas, cuyos colores entonen perfectamente, por ejemplo, rosa y azul, o verde y blanco; el forro ha de ser de seda ligera, del color de una de las lanas, y asimismo la cinta que forma una lazada. El gorro tiene una vuelta en pico, orlada por una *ruche* de cinta.



El juego que aparece en la segunda página, consiste en una malla hecha a ganchillo con algodón brillante, y en cuyos agujeros pasa una hebra de lana.

El gabancito tiene unas solapas que llegan hasta abajo; la forma del gorrito es encantadora. Hallaréis, abajo, el detalle de uno y otro punto.



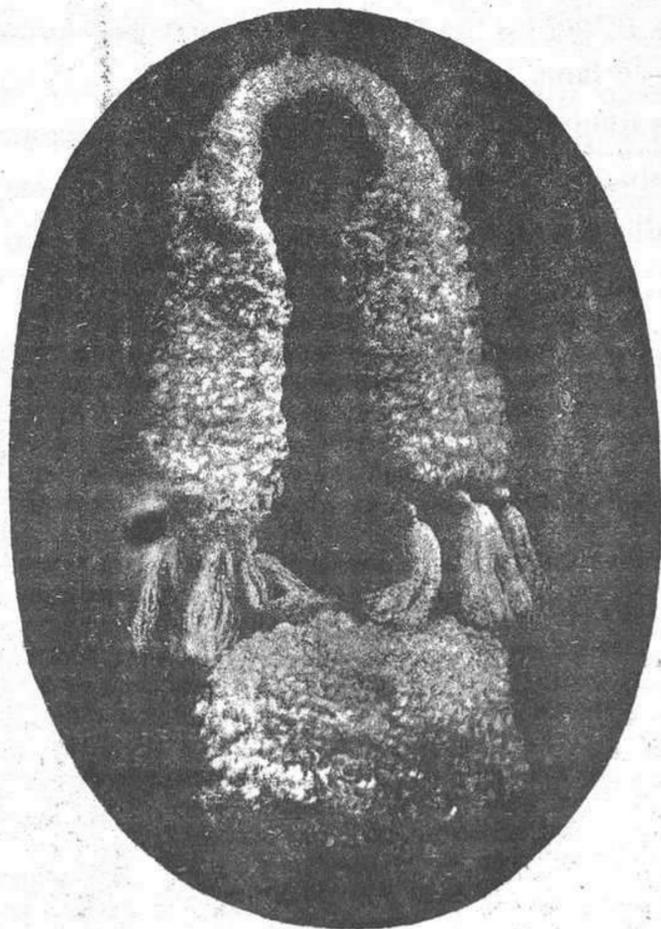


Trajecito de punto hecho con seda a punto de liga y colocado sobre un viso de seda lavable. Lleva en el centro tres filas de calados, y, en su parte superior, una vuelta con calados también.

La chaqueta, igual al vestido, va orlada con una puntillita de «crochet». Lleva una hilera de calados en las mangas, y en el escote una lazada de cinta.



A la izquierda, delantal de fino linón, orlado de una especie de festón y bordado a punto de nudo. La falda, bastante fruncida, va pegada con una vainica. Estos delantales resultan monisimos para una nena, y las lazadas de cinta con que se cierran sobre los hombros los rematan deliciosamente. Su único defecto es que son poco sufridos; para remediar este inconveniente se hacen en azul, naranja o verde oscuro. Si al lavarse el delantal perdiese algo el color, se le puede devolver con tintes en polvos o en bolas; pero al utilizarlos debe cuidarse mucho de disolverlos en agua antes de sumergir el trajecito, previamente «mojado».



Las «pieles» hechas en lana constituyen un encantador regalo que podéis hacer a una nena. Existen así infinidad de detalles, fáciles de realizar y que las mamás agradecen tanto más cuanto se dan cuenta de que habéis trabajado vosotras mismas en ellas. Así, una canastilla es siempre un bonito adorno en un cuarto de recién nacido, y podéis realizar modelos encantadores con cestos ordinarios, sobre los cuales frunciréis un volante de linón o de tul blanco, animado por alguna que otra flor de «toile de Jouy», recortada y pegada sobre el airoso tejido.



INTERESANTE INNOVACIÓN

Muchas lectoras de MUJER escriben; y —ya lo habéis visto— no pocas escriben muy bien. Pero hay otras que tienen más afición que a las letras a la pintura, o a la fotografía, o a las labores. Y como queremos que esta *página* —o *páginas* cuando convenga y sea posible— sean *de las lectoras* en toda la extensión del concepto, hemos resuelto publicar en ellas, junto a los ensayos literarios que, como hasta aquí, quieran enviarnos, sus dibujos (paisaje, figura, decoración, labores, etc., a pluma, lápiz o pincel, pero siempre blanco y negro solamente), fotografías hechas por ellas mismas y, en suma, cuantas manifestaciones de su actividad quieran enviarnos. Publicaremos todo aquello que la confección del periódico y el espacio disponible permitan, prefiriendo, cuando haya que elegir, lo que tenga mayor interés general. Publicaremos también en esta página las noticias escuetas que nuestras lectoras nos envíen de acontecimientos personales o familiares que ellas deseen hacer públicos para conocimiento de sus relaciones. Por razón de espacio se excluye todo comentario o ampliación de las noticias, y tampoco publicaremos noticias necrológicas. Las noticias personales o familiares deberán traer garantías de autenticidad suficientes a nuestro juicio.

Deseamos que esta innovación merezca, como las anteriores, la aprobación de las lectoras de MUJER.

Carta a una amiga.

Mi queridísima Beatriz:

No dudo que te extrañaría muchísimo el recibir mi participación de boda sin saber siquiera que tenía novio.

Te diré que las cosas han sucedido rápidas, y que en ocho meses he tenido relaciones, han pedido mi mano y por fin me caso.

Ahora veo que tienes la mar de ganas de saber quién es el afortunado mortal: guapo, buen chico y muy enamorado de mí; ahí tienes a mi novio, Jorge Felipe Durcal.

Pero, claro, tú estarás impaciente por saber...

¿Recuerdas que en una carta mía, del verano pasado, te decía que conocí en la sierra a un muchacho simpatiquísimo?

Pues bien: me gustaba mucho, tanto que el día que se marchó a terminar sus estudios, lo pasé llorando; el segundo día, triste y cariacontecida; el tercero, pensativa, y el cuarto, luego de una breve meditación, lancé un «eureka», había hallado la solución: cogí la pluma y escribí a Susana Led, y, como consecuencia de mi carta, recibí una invitación en toda regla para que fuese a pasar con los Led «unos días».

Arreglé mis cosas y marché.

Puesta Susanita en antecedentes me ayudó a llevar a cabo mi plan, y como primera providencia me corté el pelo a lo «ninón», muy exagerado, y me dejé sin depilar las cejas; dos cosas absolutamente precisas.

Al cabo de unos días puse mi atrevido plan en acción: me vestí de chico muy elegante, peiné hacia atrás mis cabellos y puse buen cuidado en todos los detalles, y últimamente, metí en la cartera una foto mía de «mujer», arreglé las últimas cosas, me puse el gabán y el sombrero, hice un galante saludo a Susana, y Mari-Nel desapareció, para dejar paso a Ernesto Munarriz (primer nombre que se ocurrió), luego el tren en marcha y... a Madrid.

Te aburriría si pretendiese contarte la serie de cosas que tuve que hacer para trabar conocimiento «en camarada» con Jorge-Felipe; no fué difícil, y pronto éramos unos buenos amigos.

De vez en cuando escribía a mi familia y enviaba las cartas a Susana, que a su vez me enviaba las que para mí recibía.

Empecé por dármeles de «conquistador», para epatar a Jorge-Felipe, y eso que yo tenía la novia más guapa y más buena del mundo, y aquí le enseñé mi propio retrato, y, claro, resultó que él conocía a mi novia, «una chica muy mona y muy simpática».

Aquí, faltando descaradamente a la modestia, «me ponía» por las hubes, y creo que el muchacho me conocía ya más que yo misma.

Hablamos mucho de ello, y yo un día le manifesté que mi novia me había dejado plantado.

—Dice que no le gusto lo suficiente. Yo creo que hay algún rival por enmedio.

En fin, Beatriz, terminado el curso, Jorge-Felipe se marchó a su casa y yo a la de Susana, contenta de haber pasado un par de meses con mi «adorado». Vuelta a arreglarme, a ser otra vez «mujer» y coqueta y a mi casa.

A los pocos días, en una reunión, me encontré a Jorge-Felipe. Indudablemente, Ernesto Munarriz le había hablado tan bien de mí, que el chico me quería. En seguida empezó el *flirt...*, que acabó en unas relaciones serias y en la pedida de mano.

Una tarde, en el jardín, me aventuré a contarle a mi prometido las aventuras de Ernesto Munarriz. Le hizo tanta gracia la cosa, que me aseguró que desde que lo sabía me quería aún más.

Querida Beatriz, dentro de quince días te espero; serás una de mis damas de honor. Y cuando conozcas a mi futuro, ya me dirás si tengo buen gusto.

Hasta pronto, recibe de tu querida amiga un fuerte abrazo y... un cachete por burlarte de mis locuras.

Así y todo te quiere—Mari-Nel.

Para ti.

¿Recuerdas, alma mía?... Era en Semana Santa.

Sola contigo estaba, juntos en un balcón; me miraste a los ojos, me hablaste de caricias...

¿Recuerdas, amor mío? Vimos la procesión.

Yo era feliz entonces. Feliz como ninguna mujer pudiera serlo: tenía tu querer, te decía quedito, muy quedito: «¡Mi G...!»

Y al pronunciar tu nombre temblaba de placer.

Y al ver pasar la Santa Virgen de las Angustias,

«¡Por Ella te lo juro!», dijiste con pasión;

«¡Por Ella, nena mía, tuyo siempre es tu G...!»

tuya es toda mi alma, tuyo es mi corazón!»

Y ya ves, amor mío, ¡qué pronto te olvidaste

de aquella nena rubia que tanto te quería,

y de aquel tu cariño que con fe me juraste

cuando pasó la Virgen en aquel santo día!

Lo has olvidado todo: tus promesas de amores,

tus palabras ardientes, que me hicieron soñar;

aquel llanto en la noche tibia de primavera...;

¡todo aquello que quiero y no puedo olvidar!

¡Pero yo te perdono; no puedo aborrecerte,

y quiero de la Virgen alcanzar tu perdón

por aquel juramento que por Ella me hiciste,

que mintiéndome amores sólo había traición!...

¡Virgen santa del cielo! ¡tú sabes que aún le adoro,

que aunque él sea un ingrato, yo siempre le querré!...

¡Virgen de las Angustias, no rechaces mi ruego!...

¡Ten de él misericordia! ¡Madre: perdónale!...

ELISABETH.



Esperando a los Reyes.

A MARGARITA

¿Por qué lloras, Marga? ¿Es que temes acaso que los Reyes de Oriente retornen con retraso? La trayectoria es larga y tiempo necesita, mas no llegarán tarde. ¡No llores, Margarita! No pienses que los Reyes hayan tenido frío en su largo viaje. Es tal su poderío que anula la tormenta y el huracán limita... y llegarán felices. ¡No temas, Margarita! ¿Deseas la muñeca de cabellos dorados, la de verdes pupilas, la de trajes bordados, la que quisiste siempre por ser la más bonita? Pues tú serás su dueña. ¡No llores, Margarita! Enjúgate los ojos y que cese tu pena, y ya que todo el año fuiste obediente y buena tendrás grandes regalos, pues la regia visita deja alegres señales. ¡Qué gozo, Margarita! ¿Lloras al ver deshecho aquel sueño inocente que otros años te hacía esperar impaciente la regia caravana y mil juguetes bellos viste sobre la jiba de los viejos camellos?... Esta dicha no vuelve, ¡solloza, pobrecita!, ya no podré decirte: ¡No llores, Margarita!

ROSA LINA.
Madrid.

Butterfly.

(ANTE UNA ESTAMPA)

Parece que estática ha quedado allí, en su femenina quietud soñadora... Sus frágiles miembros envuelve la flora de un suave y exótico kimono rubí.

La amante «mismée», que ignoró Loti, insensible al tiempo el olvido llora de aquel que partió, dejando en la aurora una estela blanca sobre el mar turquí...

El dulce recuerdo besemos discretas de la mariposa de tierras lejanas que ilusa incendiara sus alas inquietas...

Recoja nuestra alma sus lágrimas vanas —porque ante el amor que hizo a los poetas, las mujeres todas son nuestras hermanas...

... Su vida, infeliz, se va gota a gota, igual que las lágrimas de pena infinita que arranca el amor a su alma exquisita donde sólo vibra perenne una nota...

Caudal doloroso, que el tiempo no agota, es de esta pasión la llama inaudita; ante el bello ayer su pecho palpita y el llanto en raudales de sus ojos brota...

Es como la rosa de un sueño florido, cuyo blanco cáliz de muerte han tocado los ciervos helados de un áspero olvido.

...Parece que en ella se haya concentrado todo el sentimiento de que han carecido las incomprensibles hijas del Mikado...

YOLANDA ANTONONA MORALES.

Mentiras, dulces mentiras.

Lulú, sentada en la ventana, se entretiene en ver pasar a los «autos» y demás vehículos, que por ser día de fiesta, pasan con singular frecuencia. El sol, que va declinando, la envuelve en sus pálidos rayos, y hace centellear las blancas piedras de un cintillo de platino que se ciñe a su dedo anular de la mano izquierda.

Llama la atención de la nena el brillo de la sortija e inconscientemente se deja embargar de dulces pensamientos, y la figura arrogante de su novio pasa por su mente y suspira satisfecha.

Vuelve su atención a la calle y mira con fijeza a los transeuntes. Un «auto» pasa veloz y en él descubre la figura de un joven rubio y pálido que evita encontrar su mirada.

Siente ella dentro de su alma tierna el alfilerazo de aquella indiferencia; pero piensa luego, ¡el pobre...!

Y su pensamiento vuela hacia tiempos pasados, hacia aquella época de ensueño que ella creía amar a aquel hombre, y que él la amara con toda el alma.

Hoy, que otro amor llena por completo su sentir, recuerda aquella historia, y su corazón se oprime con el pensamiento de que el hombre que acaba de pasar es poco feliz. Quisiera ella que él también encontrara otro amor que embargara por completo su vida, pues ella, tras su apariencia frívola, esconde un generoso corazón. No quisiera, Lulú, que nadie sufriera cuando ella es feliz; y cierta melancolía se refleja en sus ojos, bajo la influencia de estos pensamientos.

Se dirige al piano y sus ágiles dedos recorren el teclado y deja sentir las dulces notas de un vals, y al mismo tiempo entona con dulce voz la letra bellísima de «Amor sentí por ti...», y como una ironía de la vida pasa en ese instante el «auto» del joven rubio que antes pasara esquivando la mirada de Lulú. Y aquellas notas que llegan hasta él le hacen sonreír con amargura, y mientras su palidez es cada vez más intensa por la emoción sentida y dice para sí: «¡mentiras, dulces mentiras, cómo me hacen sufrir!»...

MONINA.

Correspondencia de TRISTÁN

FLOR DE OLVIDO.—«Muy mal escrito» no está nada de lo que usted envía, Flor de Olvido, a este jardín. Pero si yo lo publicara ahora, usted me lo reprocharía dentro de poco tiempo: el necesario para que se desarrollen más las positivas cualidades que en usted se adivinan. Lea mucho y escriba mucho. Practique. Y envíeme sin temor cuanto quiera. Para empezar, escriba cartas. Sobre todo sinceras. Escriba usted como si escribiese una carta *no destinada a la publicidad*.

Los escritores incipientes suelen sufrir un fenómeno semejante al que ocurre a muchas personas cuando se van a retratar: adoptan una aptitud de circunstancias, componen —a veces, sin querer— un gesto forzado y resulta un retrato nada natural, amanerado, no parecido. Olvide usted, al escribir, que *se está retratando* y «saldrá» mucho mejor.

M. C. H., VALENCIA.—No está aún madura la pluma que ha escrito ROSA para lanzarse a escribir todo un cuento con acierto. Tiene usted condiciones; pero están sin cultivar, y no les ha dado el sol bastante.

Lea mis palabras a E. C. T., de Sevilla, y a CLARA FUENTES, en el número 17. Allí hay algunos consejos que pueden serle útiles. Uno especialmente necesita usted: cuando escriba, hágalo sinceramente, espontáneamente, sin recordar las palabras leídas en los libros. Lea escritores sobrios. Y, sobre todo, no se desanime. Una afición como la suya, es siempre reveladora de dotes indudables.

LULI DE BELANCUR.—Muchas gracias. No hay inconveniente en los seudónimos. La lista de lotes de libros que se regalan a los suscriptores se han publicado en los primeros números de MUJER. La Administración remite uno de dichos números a todo lector que lo pida, incluyendo cincuenta céntimos. Sus respuestas a los *Concursos* han llegado, desgraciadamente, tarde. Apresúrese a tomar parte en el nuevo de **El Marido-La Mujer**.

MARI-NEL.—En este mismo número verá usted publicada la *carta* a que se refiere. Dijo La Rochefoucauld que entre oír un consejo útil, aunque sea ingrato, y escuchar unas mentiras dañosas, pero lisonjeras, la mayoría prefiere lo segundo. Usted es, por lo que veo, de la minoría. Y la minoría es siempre lo mejor. Pero además confío en que no será necesario darle consejos ingratos a una flor que en capullo da ya tan fino aroma.

CARMEN-MADRID.—Efectivamente llegó tarde, y es lástima. Puede usted estar segura del incógnito. Agradecidísimos por sus cariñosas frases.

RAMAYHANA.—Precisamente en este mismo número verá que MUJER va a admitir, entre otras cosas, dibujos para la *Página de las lectoras*. En cuanto a los que propones *fabricar*, puedes intentarlo y veremos. —No podemos publicar nada que no esté en castellano.— Todo cuanto escribes es airoso, jugoso y agradable, como perfume de la flor lozana que en ti adivina el jardinero.

ENSUEÑOS, REINA DEL WIGWAM, LA DAMA ANÓNIMA, C. CHULIA.—¿Habéis leído desde el principio los consejos que vengo dando a algunas de nuestras gentiles e inteligentes colaboradoras? A ellas me remito para no repetir en cada número las mismas cosas. Vosotras cuatro tenéis excelentes dotes en embrión, y para desarrollarlas debéis trabajar asiduamente sin desanimaros nunca. Luego debéis comenzar con ensayos sencillos: relatar, por ejemplo, brevemente un recuerdo de nuestra vida o trazar un comentario en torno de un tema que os preocupe, os divierta, os atraiga. Un *Diario* es ejercicio siempre interesante y eficaz para adiestrarse en la expresión escrita si se procura no recoger en él sino hechos y pensamientos que lo merezcan, expuestos concisamente *ahorrando palabras*. Todo principiante cree adornar su obra pegando en ella artificios retóricos que son siempre afectados y de mal gusto. Huid de eso. Sencillez y sinceridad. La bella forma brota espontáneamente —lo que no quiere decir inmediatamente, fácilmente ni vulgarmente— o no brota. Si coséis a un párrafo palabras huecas que no sentís, que os *suenan* de haberlas leído, pero que no son natural vestidura de vuestro pensamiento, lo disfrazarán, lo entumecerán, lo aprisionarán. La forma y el contenido literario deben ser tan individuales, deben nacer tan juntos e inseparables como el pájaro y sus plumas, como la flor y sus pétalos. Y los mismos pétalos, las mismas plumas que en la flor y en el ave son ornamento esencial, arrancados, sueltos, son despojos sin vida; y aplicados a otra flor, a otro pájaro, sin pegotes grotescos.

TRISTÁN, el jardinero.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—Clara, ¿qué es lo que supones?

—No supongo nada, porque reconozco que eres bastante bonita, buena y amable para ser amada por ti misma. Te hago observar solamente que, a mi modo de ver, tu novio despliega demasiado sus atractivos delante de las demás mujeres. Sé que mis temores son bien tontos, pero, ¿qué quieres, tengo miedo de que algún día tengas una decepción, Odette, mi querida Odette...

XXV

Los coches, en dos filas, una subiendo y otra bajando, seguían el camino de Garavau.

Sus ruedas floridas giraban lentamente. Las flores volaban de coche a coche; las mujeres con vestidos claros y finos aparecían risueñas en medio de cestos de rosas, claveles y narcisos. De todas partes acudía la gente del país, las lindas hijas de la ciudad. Todo aquello constituía un conjunto alegre, de donde se escapaban a veces, dominando el ruido, exclamaciones del Mediodía y palabras italianas. El sol iluminaba la fiesta. La batalla de flores empezaba.

Odette la contemplaba desde la galería.

La joven se había puesto el vestido de lana blanca para ir a la fiesta. Después se encontró de repente aterrada, antes de comer, por una nueva crisis.

El *landaulet*, decorado de claveles blancos, estaba abandonado en el jardín, delante de la *villa*.

Mauricio debía llegar de Monte-Carlo conducido por el príncipe, que deseaba tomar parte en la diversión. El joven doctor llegó muy pronto, sonriente, alegre, animado, con una flor en el ojal.

En cuanto llegó, enteróse de la mala noticia y corrió a la galería. Tenía la cara verdaderamente triste. Quizá echaba de menos la diversión, que juzgaba perdida para él. Empezó a dar consejos, a prodigar consuelos y promesas. Era una mala crisis que pasaría; Odette se cuidaba con mucha prudencia; acabaría por curarse; no había que descorazonarse. ¡Qué lástima que no pudiese tomar parte en el cortejo! Declaró que iba a hacer compañía a su novia. Ella le dijo:

—No, Mauricio; no quiero que por mi culpa te prives de asistir a la fiesta. Irás con Clara en el coche.

El protestó sin convicción:

—¡Oh, querida Odette!... No. Te aburrirías demasiado, sola, en esta galería...

—Papá y mamá se quedarán conmigo. Yo no podría sostener una conversación durante mucho tiempo. El coche está preparado. Cójnlo y diviértanse mucho. Y vuelvan a la hora del té.

El se había sentado. Ella le hacía toda clase de preguntas: ¿En qué pasaba el tiempo allá abajo, en el Principado? ¿Jugaba? ¿Ganaba? Y Felipe de Tesalia, ¿qué hacía? ¿Seguía tan difícil de llevar como siempre?

Hubiese querido retener a Mauricio a su lado. Cuando el ruido de la muchedumbre aumentaba, él tendía el cuello hacia el muelle de Garavau. Hasta llegó a levantarse dos veces, asomándose al balcón.

Clara vino a reunirse con ellos. Llevaba una falda blanca, comprada para los baños, y un blusón de crespón *georgette*, regalo de su amiga.

Odette comprendió que sentían un gran deseo de tomar parte en la fiesta, de subir al hermoso coche decorado, de ponerse en fila, de arrojar flores a la gente, al sol, a lo largo del mar.

Y les repitió:

—Vayan, diviértanse, yo les veré desde la galería.

Marcharon diciendo: «¡Hasta luego! ¡En seguida volvemos!»

Ella se encontró sola. Estaba triste. Hubiese querido que él insistiese más en quedarse a su lado, que le hubiese cogido afectuosamente las manos hablando de una porción de cosas, diciéndole al oído palabras dulces, como la noche que dieron el paseo por la barriada de Garavau.

¡Cuánto había cambiado Mauricio desde aquella noche! Parecía alejarse de ella poco a poco.

Ella le seguía amando como siempre.

Levantóse de la *chaise-longue*, apoyóse en la barandilla del balcón y permaneció con el cuello tendido, las pupilas dilatadas, mirando la fiesta para comprender, para descubrir lo que él hacía en medio de las otras mujeres.

Vió a lo lejos a Felipe de Tesalia, en pie, sin nada a la cabeza, en un gran coche descubierto. Su alta estatura dominaba a la muchedumbre, y con el brazo tendido lanzaba ramilletes. Era el blanco de todas las mujeres. Cada una deseaba llamarle la atención para poder decir con negligencia en el curso de una conversación:

«El hermano del rey de Tesalia me arrojó unos claveles en la batalla de flores...»

Odette corrió a buscar rosas blancas sobre la chimenea de su alcoba, y gritó:

—¡Mamá! ¡Sabina! ¿quedan todavía flores de las compradas para la batalla?

Fué mamá quien contestó:

—Sí.

—¿Quieren traérmelas? Yo las arrojaré desde la galería. ¡Pronto, mamá!

La señora Angerolle apareció llevando una cesta de rosas en los brazos. El señor Angerolle seguía a su esposa. Odette, desde la galería, veía acercarse lentamente el coche del príncipe. Se detuvo debajo de sus ventanas, porque la fila no iba muy de prisa. Combates singulares retardaban sin cesar la marcha del doble cortejo. La joven arrojó una tras otra cinco rosas. Las balanceaba y las lanzaba con toda su fuerza. Felipe de Tesalia no se fijó en la linda rubia, delgada y flexible.

—No tengo más fuerzas —dijo Odette.

Vió a los Chanay, que la saludaron con la mano y le dijeron no sé que cosa, que ella no oyó.

—No se ve a Ivona Bosio —observó Odette—. El otro día en el paseo tenía el aspecto de muy enferma. Probablemente tampoco ha podido salir.

—¡Pero tú puedes salir, hija mía! Solamente hoy has tenido una pequeña crisis que te ha dejado un poco débil. Y conviene que descanses un poco y te repongas.

Ella no le oía. Acababa de ver el coche de Marta Guillaume, que se cruzaba con el *landaulet* en donde iban Mauricio y Clara.

La encantadora viuda y el doctor empezaron por arrojar unas cuantas flores. Después se fueron animando. Las rosas y claveles volaban, los pétalos se desparramaban. Marta se puso en pie. Y en pie, frente a una cesta de olorosas flores, luchaba, luchaba con Mauricio. Reía nerviosamente. Lanzaba con su brazo musculoso los ligeros proyectiles, y después se cubría la cara, ocultándola con su brazo izquierdo. Estaba verdaderamente seductora y escultural, en medio de aquella lluvia de pétalos. Resultaba entretenido verla tan alegre y animada.

Los coches volvieron a emprender la marcha con velocidad desigual. Mauricio y la viudita se separaron.

Odette, con las manos crispadas, había seguido la lucha. Entró en la habitación, dejando solos a sus padres. No se retuvo para llorar. Sentóse, encorvada, con los codos en las rodillas y los dedos hundidos en sus cabellos de oro.

¡Qué contentos parecían estar Mauricio y Marta Guillaume! ¡Qué felices parecían por haberse encontrado! ¡Se gustaban mutuamente y se entendían a las mil maravillas!

¡Y a ella, a Odette...! ¡Cómo la dejaban a un lado! ¡Ni siquiera tenía fuerza para arrojar una flor por encima de la verja de la *villa*. ¡Ya no podía divertirse como las demás! ¡Iba alejándose de la sociedad de los vivientes! Experimentaba la horrible impresión de que empezaba a morir. Sus fuerzas la abandonaban. Sentíase débil para retener a Mauricio, para disputárselo a sus rivales, para guardarlo para sí. ¡Oh! Si llegase a curar. Sabía que entonces sería ella la triunfadora. ¡Lo sabía bien! Pero ¿qué hacer entre tanto? ¿Qué hacer?

Se puso en pie. Dirigióse hacia la cama. Echóse de bruces sobre el edredón de raso, la cabeza en la almohada, los cabellos esparcidos. No lloraba. Soñaba dolorosamente.

¿Por qué Clara, el día anterior, le había hablado de aquella cuestión del dote? ¿Es que Mauricio, el Mauricio de Odette, sería interesado? Perseguía a las muchachas bonitas, daba vueltas en torno de Marta Guillaume. ¿Entonces? ¿Es que no amaba a su prometida?

Quizá se casase con la bella viudita. ¡Tenía ella tantas ganas de casarse! Estaba bien; era agradable, seductora, formal; en una palabra, era encantadora. Tendría una esposa dulce, amante, agradable, deliciosa. ¡Sería feliz! ¡Feliz! Odette exclamó en alta voz: «¡Pero yo le amo!, ¡le amo!»

Volvióse con un esfuerzo; pero siguió tumbada, con los brazos alargados, sin energías. Sorprendióse de ver la sombra invadir la alcoba.

La joven percibió el olor persistente de la tintura de yodo. ¡Oh!, ¡la atroz, la horrible enfermedad...! Odette pensaba en ella, sin moverse, contemplando, como en el triste día de la llegada, las sombras que invadían la habitación. Uno tras otro, los muebles parecían fundirse, desaparecer en medio de aquella negrura. Las primeras



DOS AMIGAS

(Continuación.)

estrellas centellearon en el fondo del cielo puro. Se las veía por la ventana. Por fin llegó la noche...

XXVI

El *landaulet* seguía a lo largo del barrio de Garavau. Odette, su madre y Clarita daban un corto paseo antes de almorzar.

Estaban ya en marzo. Empezaba el tiempo admirable de la *Riviera*. Las flores aparecían más numerosas por todas partes. Trepaban a lo largo de los muros, bajaban de las terrazas, salían de los jardines. La mimosa, en medio del verdor, formaban una masa de oro, y las rosas, de luz. Un calor continuo, penetrante, delicioso, caía del cielo. Los rayos del sol abrillantaban el mar y las hojas. Y las costas se recortaban más vivamente aún sobre un horizonte de seda.

Odette ya no salía a pie. Las fuerzas le faltaban en seguida. El coche la llevaba suave, muy suavemente al cabo Martín, a Garavau, a Monte Carlo, a lo largo de la costa italiana. La enferma, entre almohadones, contemplaba ávidamente el paisaje.

Aquel día, al pasar por el extremo del paseo, frente al nuevo cementerio de Menton, hizo parar el coche. Quiso visitar el campo de reposo donde tantos extranjeros llegados de todos los rincones del mundo dormían el sueño eterno.

Exclamó:

—¡Que lindo panorama! Que lástima que no lo puedan ver los que aquí descansan. ¡Quisiera que me enterrasen aquí, al sol, bajo los cipreses, frente al mar azul, que tanto amo! No me parece triste este cementerio.

Paseó entre las filas de tumbas.

Las más viejas, abandonadas por los parientes y los amigos ya difuntos o muy ancianos, desaparecían bajo hierbas y flores campestres; otras, constituidas por una gran piedra grisácea, resquebrajada por el tiempo, las lluvias y el sol, habían criado musgo en el hueco de sus profundas arrugas verdes; otras, bien limpias, brillantes y cuidadas, conservaban intactas sus inscripciones en todas las lenguas de Europa: fechas, apellidos, nombres y edad del que allí abajo moraba, o bien una larga explicación, una jaculatoria, las quejas de un padre, de una esposa, de un hermano.

Cada familia expresaba su dolor según su educación, su rango, su gusto por las tradiciones. Veíase aquí un busto, allí una cruz, una fotografía, más allá un escudo; muchas de aquellas piedras recubrían el cuerpo de una muchacha. Las edades grabadas en el mármol sugerían desconsoladores pensamientos a los visitantes: ¡Diez y siete años! ¡Diez y ocho años! ¡Veintidos años! ¡Veinticuatro años!

Había también tumbas muy blancas, nuevecitas, deslumbrantes a la luz del Mediodía, y provisionales montículos de tierra fresca, jardincitos piadosamente cuidados; bosquecillos de rosas; un árbol en medio de una verja de hierro forjado; y en el borde de la colina, frente al Mediterráneo, en un sitio hermoso bañado por los rayos del sol, había un hoyo, un hoyo profundo, pronto a recibir el pobre cuerpo humano que iban a traer en seguida, acompañado de cánticos latinos, bendiciones y lágrimas.

Odette descubrió entre dos macizos de flores una vieja piedra gris que llevaba un nombre, un simple nombre:

M A U D

¿Quién era aquella Maud desconocida, modesta, misteriosa? ¡Maud! ¿Era inglesa? ¿Americana? ¿Francesa, quizá? Una solterona seca, insignificante, sentimental, permaneciendo casi anónima entre los muertos como lo había sido entre los vivos y voluntariamente borrosa, oscura, ignorada más allá de la tumba; ¡porque sabía que no tenía importancia alguna una inscripción y que nadie la leería! ¿Una pecadora? ¿Una gran cortesana que sólo dejaba tras sí, en la superficie de la tierra, aquel nombre armonioso y dulce, tantas veces pronunciado? ¿Quién fué aquella Maud? ¡Una joven, una muchacha semejante a Odette, una pobrecita condenada, que ordenó no pusieran encima de su tumba más que aquel nombre, encarnando así toda una vida sentimental, todas las esperanzas y toda la ternura!

Esta hipótesis agradó a Odette. Y soñó largo tiempo frente a la blanca losa.

—Si me muriese aquí —dijo— desearía que escogiesen para mí este sitio, aquí, al sol, junto a este hoyo, y que solamente grabasen en una piedra de mármol blanco:

O D E T T E

—¡Qué ideas más tristes se te ocurren, hija mía! —exclamó la señora Angerolle—. ¿Quieres callarte y no pensar más en cosas semejantes?

—Bueno, mamá; pero acuérdate de mi última voluntad. «¡Odette!» Y este sitio, o cualquiera otro, al borde de la colina, desde el cual se vea el mar.

Las tres mujeres se dirigieron hacia la puerta. Cuando salían, dijo la señora Angerolle:

—¡No me gusta visitar un cementerio!

—Ni a mí —añadió Clara.

—A mí me es indiferente —dijo Odette—. ¡En medio de estos monumentos blancos y tranquilos, en estos lugares silenciosos, siento a veces una impresión de descanso y calma, casi de bienestar! Se oyen mejor los pajarillos; nadie toca las hermosas flores que se deshojan tranquilamente. Esto me hace pensar en los versos de Juan Lorrain que he leído sobre su tumba en Fecamp:

¡Descansen! La vida ardiente y triste, las alarmas
y las penas no agitan ya su tranquilo sueño.
El alba, cada día, las impregna de sus lágrimas.
La vida es una tumba a la vuelta de un sendero.

—¡Es verdad! ¡Los que duermen allí son felices, más felices que nosotros! No sufren ni en su cuerpo ni en su alma...

—¡Vamos! —gritó su madre riendo—; una muchacha de veintitrés años que habla de sufrimientos del corazón.

—No sabes lo que son tales sufrimientos, querida Odette —dijo Clara.

—¿Lo crees así?

Odette iba la última, los ojos bajos hacia el camino. Y con su bastón golpeaba las hierbas silvestres que crecían en torno de las tumbas. La arena del camino crujía bajo sus pies. Añadió:

—¿Qué sabéis vosotras?

Las tres mujeres subieron al «auto», que bajó sin ruido la cuesta, llevado por su propio peso hasta la calle de San Miguel. Al llegar allí fué preciso acortar la marcha y acercarse a la acera para dejar paso a un entierro.

El «auto», después de rebasar el largo cortejo, entró en la avenida de Félix Faure. Se veían dentro de las vitrinas los trajes blancos, azules y rosa de los maniqués; los innumerables sombreros sobre sus postes de madera, cual flores extrañas; las hileras de joyas en sus cajas de terciopelo granate; los muestrarios de tarjetas postales en las aceras, delante de las librerías.

Las tres mujeres fueron a sentarse frente al mar, esperando la hora del mediodía. Se distraían pasando revista a las *toilettes*.

—No se ve a Ivona Bosio —observó Odette.

—Quizá haya regresado a París —contestó su madre.

Pasaron los Chanay. Se informaron de la salud de la señorita Angerolle. Cambiaron algunas frases.

—La señora Guillaume no les acompaña esta mañana —dijo Odette.

—Ha ido a almorzar a Monte Carlo —explicó la señora Chanay.

El rostro de Odette se ensombreció. Pensaba en Mauricio, que estaba allí; recordó cuánto se divirtió el doctor en la batalla de flores con la señora Guillaume, que, probablemente, habría invitado a Marta en este día. Después del almuerzo, supuso, pediría que la llevara al café de París y a las terrazas, para sorprenderles.

Tocaron las campanas. Primero las de una iglesia, después las de otra. Aquello constituía, encima de la coquetona ciudad blanca, llena de sol, un alegre repiqueteo que llamaba a los paseantes.

El paseo iba quedando desierto.

—Vámonos —dijo la señora Angerolle.

Odette se apoyó en las dos manos para levantarse del sillón. No tenía fuerza para nada. Clara la cogió del brazo y la ayudó a subir al *landaulet*. La pobre enferma observó tristemente, en voz alta:

—Así estaba el otro día, aquí mismo, Ivona Bosio. Estoy tan floja como ella. ¡Deseo que se cure, porque esto probaría que también yo puedo curarme!

La señora Angerolle, moviendo la cabeza, dijo:

—¡Ea! ¡Ten ánimo!

El señor Angerolle esperaba en el jardín de la *villa*. Con las piernas cruzadas, hundido en el fondo de un gran sillón de mimbres, estaba rodeado de periódicos desplegados, echados al suelo después de su lectura.

—¡El almuerzo va a enfriarse! —gritó.

Marcharon al comedor. Dejaban las ventanas abiertas. Percibíase un mar de luz por detrás del tronco velludo de la palmera. Un ramillete de claveles blancos alegraba la mesa.

Sus largos tallos verdes, sumergidos en el agua clara de un vaso de cristal tallado, parecían presos en un bloque de hielo. Dos fruteros estaban a los dos lados de los claveles. El señor Angerolle, que era goloso, había traído una bandejita de merengues.

Odette quería comer por cálculo. Quería ir a Monte Carlo, y no podía parecer demasiado fatigada. Insistió vivamente para realizar aquella excursión. Su padre habló del polvo del camino; su madre, de la fatiga del viaje y del fresco del anochecer.

—¡Los días ya son más largos! —objetó Odette—. Además saldremos temprano.

—Te encuentras muy débil, hija mía.

—En el coche estaré sentada, y conforme llegue al hotel me sentaré en el *hall*.

Clara intervino para decir:

—Quizá este paseo distraiga un poquitín a Odette.

(Continuará en el número próximo.)

LAS PIELES

Cómo se limpian.—Para quitar el depósito graso que la humedad y el polvo dejan en las pieles, se limpian con una esponja fina, ligeramente mojada en esencia mineral. Las manchas de azúcar, jarabe, etc., etc., se quitan con agua tibia; luego se seca rápidamente.

Las pieles muy estropeadas se limpian como sigue:

Después de descoser el forro, se extiende la piel, por el revés, sobre una mesa, y se fija por los extremos con unas chinchas.

Luego se pasa sobre la piel una esponja empapada en una solución compuesta de medio litro de agua y 80 gramos de sal corriente, hasta que la piel quede saturada. Entonces se deja secar sin lumbre ni sol. La piel recobra su flexibilidad y el pelo su lustre.

Las pieles claras pueden limpiarse de la siguiente manera:

Se calienta en el horno una pequeña cantidad de polvos de yeso, o de magnesia; cuando están calientes estos polvos, se espolvorean las pieles con ellos, y se deja que transcurran unos momentos. Fríos ya los polvos, se restrega la piel a contra pelo; luego se sacude y se frota.

El armiño, el *renad* blanco, y todas las pieles blancas, se limpian con harina. Se espolvorea la piel con harina, luego se frota a contra pelo con un trozo de franela, y se repite la operación tantas veces como haga falta hasta que la harina caiga ya completamente blanca.

Las pieles oscuras se limpian con arena fina o con salvado seco, procediendo de la misma manera que para las pieles anteriores.

Cómo deben cuidarse.—Si quiere conservarse la belleza de las pieles que se usan constantemente, sobre todo ciertas pieles especialmente frágiles, es preciso cuidarlas mucho.

Las pieles que han sido mojadas por la lluvia deben sacudirse fuertemente; luego se extienden para que se sequen, pero esto no debe ser nunca exponiéndolas al calor de la lumbre o de un radiador; el calor artificial estropea terriblemente el pelo.

Hay pieles resistentes, como el astrakán, que pueden cepillarse cada vez que se usan; pero, por lo general, más vale sacudirlas y pasarles un paño limpio.

Las pieles de pelo largo deben colgarse a contrapelo, para que los pelos se enderecen; ésta es la única manera como deben colgarse los manguitos de *renard*, que se chafan tan fácilmente; de este modo, recobran su lustre y su amplitud; también pueden peinarse muy cuidadosamente con ciertos batidores de metal, especiales para pieles.

Cómo se cortan y se cosen.—Es bastante difícil trabajar en pieles. Para cortarlas se deben colocar por el revés, sobre una mesa, y pasar una hoja de navaja de afeitar, o de cualquier navaja, por los sitios que se quieran dividir; la cuchilla solamente debe atacar la piel; los pelos se apartan para no arrancarlos, ni partíolos.

Las pieles se cosen por el revés, a repulgo; debe clavarse la aguja a una distancia suficiente de la orilla, a fin de que la piel no ceda. Pero tampoco debe la costura formar burlate, ni el pelo aparecer más tupido en ese sitio. Al coser, hay que rechazar los pelos que tienen cierta tendencia a meterse en la costura, y debe tenerse cuidado en no contrariar su dirección.

Con un poco de cuidado y siguiendo estas indicaciones, puede llegarse a arreglar muy bien las pieles, alargarlas o cambiar las partes deterioradas.

Su conservación durante el verano.—Cuando finaliza el invierno y ya las pieles están de más, conviene guardarlas hasta el año siguiente. A poco que se descuide uno, se expone a la invasión de las temibles polillas.

Deben sacudirse y cepillarse las pieles antes de guardarlas; es esta la primera precaución que debe tomarse, y si se prescindiera de ella, todas las demás resultarían inútiles. Cuando las pieles están excesivamente sucias o manchadas deben llevarse al quita manchas.

Cuando las pieles están ya limpias y sacudidas, se encierran en unas cajas de cartón fuerte o, mejor aún, en unos cajones de madera ligera.

Casi todos los preparados destinados a preservar las pieles de la polilla, exhalan un olor desagradable, como sucede con la naftalina o el alcanfor. Estos olores penetran de tal modo en la piel, que luego es preciso una ventilación prolongada para que desaparezcan.

He aquí una receta sencilla y eficaz, que no presenta tales inconvenientes:

Se espolvorea el fondo de la caja o del cajón con pimienta en polvo. Se colocan luego unos periódicos recientemente impresos y se vuelve a espolvorear; se extienden sobre la mesa las pieles y se espolvorea también, mientras se cepillan suavemente a contra pelo, a fin de que la pimienta penetre bien entre el pelo; asimismo se espolvorea el interior de las mangas, el revés de los cuellos y de las solapas y la parte interior de las prendas; luego se doblan al tamaño de la caja, sin dejar de espolvorear tras de cada doblez que se hace.

Cuando la caja está llena, vuelve a espolvorearse en abundancia; se cubre con papeles de periódico, se cierra, se ata con un bramante y se pega alrededor de la tapa una tira de papel que forme un cierre hermético.

A la llegada del invierno, bastará con sacudir las pieles así conservadas para que caiga la pimienta y desaparezca el olor por completo.

Cómo se perfuman.—Las pieles conservan admirablemente cualquier perfume; pero debe evitarse vaporizarlas con esencias susceptibles de quitarles el brillo.

El mejor medio, consiste en intercalar entre la piel y el forro unas cuantas almohadillas diminutas, muy planas, o encerrar las pieles en cajas perfumadas con el olor que se desee.

También se puede, a principios del invierno, después de sacar las pieles, encerrarlas durante unos días en una caja cuyo interior se espolvorea previamente con polvos perfumados. Se espolvorean las pieles con estos polvos lo mismo que se hace con la pimienta al final del invierno. Esta estancia en la caja es suficiente para darles un perfume duradero.

MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, ha publicado en su primer número los retratos y autógrafos de SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA; y desde el primer número al presente, las VISITAS que siguen:

Núm. 1 a CRISTINA DE ARTEAGA
(Hija de los Duques del Infantado.)

Núm. 2 a MARÍA ROSA SAN MIGUEL
(Hija de los Marqueses de Cayo del Rey.)

Núm. 3 a MARÍA TERESA ROCA DE TOGORES
(Hija de los Marqueses de Alquibla.)

Núm. 4 a NENETA LÓPEZ ROBERTS
(Hija de los Marqueses de Torre Hermosa.)

Núm. 5 a JOSEFINA LÓPEZ DE AYALA
(Hija de los Condes de Cedillo.)

Núm. 7 a BELÉN MORENES
(Hija de los Marqueses de Argüeso.)

Núm. 9 a ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN
(Hija de los Barones Michel de Champourcin.)

Núm. 10 a BLANCA DE BORBÓN
(Hija de los príncipes de Borbón.)

Núm. 11 a TRINIDAD Y MERCEDES TRAVESEDO
(Hija de los Duques de Nájera.)

Núm. 12 a CRISTINA LOYGORRY
(Hija de los Duques de Vistahermosa.)

Núm. 13 a MARÍA ROSA PÉREZ SEOANE
(Hija de los Condes de Riudoms.)

Núm. 14 a ÁFRICA CARVAJAL
(Hija de los Marqueses de Valdefuentes.)

Núm. 15 a LOLA BRUGUERA Y MEDINA
(Hija de los Marqueses de Borghetto.)

Núm. 16 a CRISTINA NAVARRO
(Hija de los Barones de Casa Davalillos.)

Próximamente reanudará esta serie con una «visita» a TRINA CASTILLO (hija de los Marqueses de Jura Real).

EL MARIDO -:- LA MUJER

Recordamos que para tomar parte en este Concurso deben:

Las lectoras decir, pensando en su MARIDO (real o imaginado), cuáles serían en él:

- 1.º Las excelencias espirituales preferibles.
- 2.º Las menos esenciales.
- 3.º Las deficiencias morales más insufribles.
- 4.º Las más llevaderas.
- 5.º Las dotes físicas más gratas.
- 6.º Las menos estimables.
- 7.º Los defectos físicos más odiosos.
- 8.º Los más soportables.
- 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.
10. ¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?
11. ¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Los lectores, pensando en su MUJER (efectiva o presunta), decir cuáles serían en ella:

- 1.º Las excelencias espirituales preferibles.
- 2.º Las menos esenciales.
- 3.º Las deficiencias morales más insufribles.
- 4.º Las más llevaderas.
- 5.º Las dotes físicas más gratas.
- 6.º Las menos estimables.
- 7.º Los defectos físicos más odiosos.
- 8.º Los más soportables.
- 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.
10. ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?
11. ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?

En cuanto a la forma de contestar a las preguntas concedemos entera libertad de tono, de extensión (no pasando de 1.500 letras) y de forma, como se puede ver por la diversidad de contestaciones que comenzamos a publicar. Lo único esencial es que no se hable sólo de EXCELENCIAS Y DOTES PREFERIBLES, sino también de EXCELENCIAS Y DOTES MENOS ESENCIALES; que no se citen solamente DEFECTOS ODIOSOS, sino también DEFECTOS MÁS TOLERABLES. Es decir, que como indicábamos en las bases del Concurso, se hagan siluetas HUMANAS y no dibujos de caprichosa e imposible perfección.

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 1.

Las excelencias espirituales que más estimaría yo en él son la inteligencia, la lealtad, el optimismo y la benevolencia hacia sus semejantes.

La que menos apreciaría es la elegancia.

Me gustaría que fuera moreno, afeitado y que usase lentes, lo cual no quiere decir que no me había de contentar con un rubio, dotado de una vista de lince..., con tal de que no tuviese ni barba ni bigote. Y lo que no me importaría es que... bueno, creo que, caso de encontrarle a él, sería bastante transigente.

¿Sus ideas? Que no le interesen los deportes y que no le guste bailar —puesto que «los peores bailarines son los mejores maridos»—; pero que se interese por el arte, la música y la literatura, y que, sin ser partidario del feminismo —¡eso nunca!—, nos conceda a las pobrecitas mujeres en general —y a la suya en particular— el derecho a no ser del todo unas «gansitas blancas» que dicen los franceses. Que considere como «su familia», únicamente la fundada por él; que quiera tener hijos, uno o dos, y que en su amor a la vida le guste la de hoy, la de mañana, la que sea, con tal de vivirla.

Me gustaría que disfrutase de holgura económica, debida a su talento y a su trabajo; me sería indiferente que perteneciese a una familia de elevado rango, y, desagradable, que descendiese de una familia aristocrática.

Médico, cirujano, inventor, químico, en una palabra, algo que le colocase en estrecho contacto con la Ciencia —con mayúscula—, única rival que toleraría en él, la más apta a apartar a todas las rivales de carne y hueso.

De las deficiencias, la más insufrible para mí, que le gusten todas las mujeres; ¡siquiera que se limite a las verdaderamente bonitas!

La más insufrible, la chistomanía.

EVA.

NÚMERO 2.

Excelencias morales preferibles.—Probidad; sensibilidad; espíritu amplio, generoso; jovialidad; actividad fecunda.

Otras menos esenciales.—Ingenio; sabiduría; elocuencia; talento literario, artístico o científico.

Deficiencias morales más insufribles.—Vileza; doblez; incomprensión; crueldad; avaricia; abulia; ordinariéz.

(Continúa en la página siguiente, primera columna.)

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

NÚMERO 1.

Excelencias espirituales preferibles.—Corazón e inteligencia en ritmo perfecto y humano límite.

La menos esencial.—Cualquiera que hubiese de alterar la unidad de su carácter.

Deficiencia moral más insufrible.—La deslealtad, por fea.

La más tolerable.—La irreflexión, por graciosa.

Dotes físicas más gratas.—La Gracia, entendiéndola por gracia la perfecta armonía, que lo mismo se puede dar en una mujer, en un tigre o en una flor.

Las menos estimables.—Las que se destacasen, aunque fuesen por su belleza.

Defectos físicos más odiosos.—Los que tienen por causa el abandono y la suciedad.

Los más soportables.—Los dignificados por el sacrificio o por la Naturaleza.

Ideas.—Me gustaría que tuviese una alta y dulce idea de la maternidad y su responsabilidad. Respecto a la sociedad y costumbres, desearía que no desentonase dentro del justo nivel.

Preeminencia.—Desearía que la altura no la cegara ni la falta de altura la oscureciera.

Aptitudes.—Saber escucharme.

S.

NÚMERO 2.

Estimo sobre todo la bondad. La finura de espíritu. La sinceridad. La ternura. Una manera de ver las cosas, como prohijándolas, y un carácter blando, suave, acomodaticio. Nada independiente. Que sienta quebrarse junto a mí su propia voluntad y decisión.

Me importaría poco que no fuese extremadamente culta.

¿Rubia? ¿Morena? No sé. He sentido irseme el espíritu tras unas y otras, sin poder atinar a fijar definitivamente cuál sea eso que han dado en llamar el tipo. Mi tipo, en realidad, no lo he encontrado todavía, en el sentido de que no he conseguido aprisionar una forma de mujer, hasta el punto de excluir a las demás. Sin embargo, dentro de esta amplitud cabe una restricción. Concretemos: No deseo una belleza efectista. No deseo una mujer que deshaga los corrillos de la calle. Deseo una belleza discreta. Una belleza que, a primera vista, apenas si llame la atención, pero que luego, mirada y remirada, se vea en ella un encanto definitivo, inconfundible, atra-

(Continúa en la página siguiente, segunda columna.)



¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

Otras más llevaderas.—Desorden; orgullo; brusquedad; exageración.

Dotes físicas más gratas.—Fortaleza; aliño personal; nobleza de expresión y de ademanes.

Otras menos estimables.—Elegancia; destreza; facciones regulares.

Defectos físicos más odiosos.—Suciedad; dejadez; poltronería.

Otros más soportables.—Ser feo de cara y algo desgachado.

Ideas y opiniones sobre la vida presente.—Ideas: Yo no quisiera un hombre estático ante mí, pero sí quisiera ser el eje de su vida moral y social. Que, como yo, gustase de todo lo nuevo mientras no destruya lo esencial y abominase de lo viejo en cuanto sea incompatible con una vida clara, llena, interesante. Que, a la vez, rechace de lo nuevo lo demasiado rápido, lo evidentemente corrosivo y conserve de lo viejo lo que, hoy por hoy, es base de la vida y su perfume. En suma, que sea hombre de su tiempo, adaptable y comprensivo; porque una actividad cristalizada e inflexible no nos dejaría vivir en esta época hirviente, crítica y esencialmente cambiante. Eso y juzgar las cosas y las personas según las cualidades morales que he supuesto en él, es lo más concreto que se me ocurre sobre tema tan complejo y tan en fusión, que no se podrá juzgar hasta que no haya encontrado su cauce normal para que discurra por él otra etapa de la Historia. Calificar ahora la vida sería como juzgar de la estabilidad de un automóvil en el momento de tomar una curva muy cerrada a toda marcha.

Preeminencia social.—A ser posible, ninguna. De haber de elegir, la que se derive de haber mostrado una actividad útil a sus conciudadanos. Que fuera demasiado rico, demasiado ilustre o demasiado popular, lo sentiría. Hartas cosas habría siempre, sin eso, que me lo disputaran.

Profesión.—Agricultor acomodado. Hay otras más brillantes, que me gustarían más para un hijo, para un hermano: no para mi marido. Hay dos que pondría en último término: juez o militar.

UNA EXIGENTE.

NÚMERO 3

Lo que prefiero moralmente:

La comprensión y la bondad, aunque yo entiendo que siendo comprensivo, la bondad se dará por añadidura.

También, pero menos:

La afición a la música, por el peligro de tener que soportar en casa una pianola, que me es particularmente antipática.

Lo que odio moralmente:

La falta de galantería. Bueno, yo no estoy muy segura de que la galantería sea una cualidad moral, pero de lo que estoy segura es de que la falta de ella es insufrible.

Lo que mejor disculparía:

La pereza, siempre que ésta no influya demasiado en el *budget* de la casa.

Mi tipo:

Preferiría que fuese alto y moreno. —¡Yo soy bajita y rubia!

Me importaría menos:

No lamentaría mucho que fuese algo calvo y no tuviese la nariz absolutamente griega... Creo que llegaría a tolerarla hasta romana.

Físicamente horrible:

Los dientes sucios y el pelo largo. —Por algo le prefería yo algo calvo.

Feo, pero pasable:

Los ojos chiquitos, si tienen la compensación de ser «parlanchines».

Sobre las ideas y costumbres de ahora:

Que esté de acuerdo con ellas. ¡Sí, señor! Tiempo tendrá, cuando llegue a viejo, de decir: «¡En mis tiempos no se veían estas cosas!»

Socialmente:

Que fuese rico. No, no se confundan ustedes. Rico; porque siendo tan perfecto como yo me lo imagino, la riqueza serviría como marco apropiado a sus condiciones y actos. En cambio, no creo que me volvería loca porque algún antepasado suyo hubiese estado junto a Chindasvinto en el sitio de Siracusa... Suponiendo que Chindasvinto haya estado en ese sitio..., que creo que no.

La mejor profesión:

Embajador en Viena. Esta idea nació en mí una vez que bailé un vals vienés en una Embajada.

MARUJA LA TRAVIESA.

NÚMERO 4

Las excelencias espirituales preferibles.—La inflexibilidad. Deseo un hombre, lo que debe ser un hombre, inflexible, recto, firme, desmedido en su propia honradez, seriedad e inflexibilidad. Quiero sentir junto a mí una mano tenaz, enérgica y valiente, sin dilaciones, sin dudas, sin titubeos. Deseo un carácter.

Las menos esenciales.—No me importaría que fuese cruel a veces, por aquella su natural tendencia a ser firme y rectilíneo. El hombre bondadoso es, al mismo tiempo, sin pretenderlo, torturador, y daría por buena las torturas si venían de él, tan admirable en sus decisiones.

(Continúa en la página siguiente, primera columna.)

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

yente, irresistible. Concedo una importancia excepcional al cuerpo, a las formas. ¿Estatura? Mediana; la que debe tener una mujer. Y nada más.

Honradez, seriedad y honestidad. En algunas ocasiones..., pasada de moda.

Pertenecerá a la mejor burguesía —la intelectual—, y le vendrá de antaño el hecho de vivir bien, con lujo y *confort*. Imprescindible, para mí, que no sea una advenediza.

Me gustaría que domine la música, el piano.

Deficiencia insufrible: La dentadura lamentable.

Soportable: Ninguna me lo parece.

UN POETA.

NÚMERO 3

Excelencias espirituales preferibles.—Bondad, ternura, alegría, abnegación, delicadeza, sensibilidad.

Excelencias espirituales menos importantes.—Dotes literarias o científicas, espíritu de ahorro, ingenio, extensa cultura.

Defectos espirituales más aborrecibles.—Dureza, egoísmo, inmoralidad, hipocresía, chismorreos.

Defectos espirituales más llevaderos.—Coquetería, imprevisión, ligereza, testarudez.

Dotes físicas preferibles.—Salud, limpieza, gracia espontánea en las actitudes, en los movimientos, en los ademanes; «ojos claros, serenos»; manos suaves y finas, fino y suave perfume natural.

Dotes físicas menos importantes.—Cara «bonita», pelo de este o del otro color, habilidad para cazar, patinar, bailar, etc.

Defectos físicos más intolerables. (Dejando aparte lo que no son defectos, sino enfermedades o desgracias: cuerpo contrahecho, ceguera, falta de un miembro, etc.)—Suciedad, dentadura fea, gestos hombrunos.

Otros más llevaderos.—No se me ocurre ninguno.

Ideas y opiniones.—En un hombre puede haber —lo hay— conflicto, desorientación. En la mujer, no. Todo lo que sea propio de una madre, bueno para una madre, plausible en una madre, será plausible, bueno y propio para una mujer. Y viceversa. Y de esta norma fija —que es inmutable, porque es biológica— puede derivar todo lo demás quien examine el asunto con buen sentido y buena fe.

¿Preeminencia social? Ninguna. En su casa, mientras más reina, mejor; fuera de su casa, mientras más *nadie*, mejor también.

Conocimientos y aptitudes.—No hago hincapié en esto. Me molestan las *faltas de ortografía*, así en la conversación escrita como en la hablada. Pero sin darle gran importancia. Que pudiese cantar bien, me gustaría. Y tantas otras cosas. Pero lo esencial es que sepa embellecer su casa y ser en ella la mejor flor.

JACK.

NÚMERO 4

Estimaría más la lealtad, la bondad, la comprensión y la honradez; esta última en el sentido femenino... y en el masculino también.

Apreciaría menos la cultura.

Me gustaría que fuese alta y robusta, sin llegar a gorda; esbelta, sin llegar a flaca. Melena corta y fosca; pelo rubio ceniza; piel fina; cutis, naturalmente, rosa y lozano; labios frescos. No me importaría que tuviese la nariz, la boca y los dientes grandes.

Quisiera que le gustasen mucho los niños, y que fuese muy mujer de su casa, sin rehuir de alguna que otra diversión sana y ligeramente cultural.

No me importaría el rango social con tal de que tuviera, naturalmente, distinción sin remilgo ni afectación.

Que me conociera a mí, que debe ser la ciencia primordial de la esposa.

Aptitudes para crear un hogar risueño y confortable.

UN SINCERO.

NÚMERO 5

Quisiera una mujer honrada, pero honrada espontánea, no reflexiva.

No me importaría que fuese aficionada a los trapos; esto, aunque caro, es inocente.

No la quisiera demasiado humilde ni resignada; la mujer es compañera, no esclava. Preferiría llegar a dominarla por la reflexión, no por el mero hecho de superioridad animal. La mujer más difícil de gobernar es la sumisa.

Esbelta, de busto erguido, *une fausse maigre*. Morena, con ojos grandes de mirar comprensivo; dientes blancos, labios gordezuelos y reidores, y unos hoyuelos burlones. Todo esto sincero, sin afeites ni complicidades con el perfumista, sin falsedades de coqueta que trata de engañar y sólo se engaña a sí misma.

Que me quiera a mí primero, después a mis hijos; que de esta forma me querrá dos veces; amable con todos, afectiva con ninguno. No quisiera que tocara el piano, pero que tampoco se aprendiese de memoria el *shimmy* de moda; que no bailase el vals corrido, ni el *charleston*.

La quisiera de familia sencilla, pero ya sin familia; no la quisiera linajuda, ni mucho menos poseída de su estirpe. La mujer debe ufanarse de su buena historia antes que de la de sus antepasados...

(Continúa en la página siguiente, segunda columna.)



¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

Las deficiencias morales más insufribles.—La incompreensión.
Las más llevaderas.—Que fuese algo burlón.
Dotes físicas más gratas.—Alto, fuerte, moreno, de cabellos ligeramente ondulados, con todos los caracteres de un hombre de acción, imperativo en el gesto. Nada de suavidad, ni de blandura, ni de refinamiento. Y un hombre así, aunque no fuese hermoso, lo aceptaría. Su mismo carácter le daría belleza a mis ojos.
Otras menos estimables.—La excesiva estatura.
Defecto físico más odioso.—La voz afeminada.
Otro más soportable.—La pérdida del olfato.
Ideas.—Ideas nobles, severas y honestas. Ha de transigir con la vida moderna, concediéndole lo que se debe conceder a la vida actual, pero manteniéndose siempre en un prudente límite, lleno de dignidad y distinción.
Preeminencia.—Aparte de la alcanzada por su profesión, ninguna. Y, sobre todo, que no sea político.
Profesión.—Un hombre de acción. Un banquero, llegado a su cumbre por propia fuerza personal. Pienso en ese gran financiero que se llamó Salamanca.

CARMELINA.

NÚMERO 5

Quisiera que mi marido fuese valiente sin llegar a la jactancia del valor. Un hombre, no un flamenco.
 El romanticismo es una tontería. Creo que Werther si no un primo fué algo «pariente», y que si Romeo hubiera tomado un taxi de la época con Julieta en lugar de la pócima, no hubiesen tenido un fin tan trágico.
 Me gustaría que mi marido fuese fuerte y no me importaría nada que fuese feo.
 Quisiera que fuese buen hijo, pues el que es buen hijo es después buen marido y buen padre; que hiciese vida de relación, pero no de sociedad. Moderno en la ideología, pero no modernista.
 Le quiero burgués; pero no burgués de cadena de oro con dijes, ni rostro reluciente y puro sempiterno.
 ¿Profesión? Ingeniero. En la ingeniería se asocia el arte y la ciencia.
 No quisiera que fuese bajo, y no me importaría que no fuese elegante.

ROSAFLOR.

NÚMERO 6

Mi ideal es un marido sensible. La sensibilidad es la madre del arte. El romántico es sensible, el héroe también lo es.
 No le quisiera virtuoso, ni mucho menos de historia intachable; para una mujer es más halagador seducir que iniciar.
 Le prefiero alto, musculoso, de dientes fuertes y muy blancos, de pelo negroazulado y liso; el rizado da cierto aspecto de peluquero que no me agrada.
 Le quisiera liberal, razonadamente, liberal en el hogar, sin llegar a la indiferencia. Le quisiera retraído, pues esa sería la forma de que fuese más mío.
 Le quisiera trabajador, trabajador del arte; pero de un arte en el que fuese desconocido. La Gloria me lo arrebataría, pues ella, al al fin y al cabo, con nombre de mujer, le embriagaría y le apartaría de mi lado.
 No toleraría a un fátuo y transigiría con un impulsivo.

QUINITA.

NÚMERO 7

Las excelencias espirituales preferibles.—Lo quisiera que fuera muy místico, muy místico...; pero muy disimulado, muy disimulado.
Las menos esenciales.—El caso es que tampoco me entusiasmaría que fuera un excelente discreto, por si rayaba en la hipocresía.
Las deficiencias morales más insufribles.—La falta de talento y de voluntad juntas.
Las más llevaderas.—La falta de talento, con sobra de voluntad. Algo es algo.
Las dotes físicas más gratas.—Una nariz bonita. En el hombre, no me gustan los ojos bonitos; no me gusta la boca bonita. En cambio, la nariz puede ser perfecta. Una nariz perfecta es muy de hombres.
Las menos estimables.—La belleza perfecta, aunque sea muy masculina. No importaría que fuera feo... si estaba lleno de esas cosas que se llaman cosas graciosas.
Los defectos físicos más odiosos.—¿Usos odiosos?... Que sean guapos, ¡eha!
Los más soportables.—Pues... pues... que sean guapos. ¡Sí, sí; también!
Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.—Quisiera que de la familia tuviera una idea alegre, alegre de reír con lágrimas en los ojos. Y que de la sociedad y de las costumbres modernas tuviera, sinceramente, mal concepto que no se le notara. Así estaría más hondamente unido a mí, sin que mis amigas me lo llamaran anticuado.

MERCEDES T.

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

Los conocimientos domésticos y los literarios, pero conocimientos ocultos de los que jamás hiciese alarde, me serían muy gratos. Que no fuese con las llaves pendientes de la cintura como un ama de gobierno —todo representante gubernativo es consustancialmente antipático—, ni una pedante erudita. Un tipo muy español; en esto soy patriota, lo confieso.
 No la quisiera sucia, y en cuanto a habladora...; con eso sí transigiría, porque a esa idea es necesario irse haciendo.

ROBERTO.

NÚMERO 6

Las excelencias espirituales preferibles:
 Que fuera capaz de solucionar, en voz baja, un conflicto que surgiera entre ella y yo, aunque estuviéramos en el desierto de Sahara, sin escolta.
Las menos esenciales:
 La cultura.
Las deficiencias morales más insufribles:
 Un comportamiento, en público, que hiciera decir a la gente al vernos: ¡Qué pareja más feliz!
Las más llevaderas:
 Un comportamiento, en público, que hiciera decir a la gente al vernos: ¡Qué pareja más desgraciada!
Las dotes físicas más gratas:
 Baja, esbelta, fuerte.
Las menos estimables:
 La boca pequeña, la nariz perfecta.
Los defectos físicos más odiosos:
 Ojos expresivos, boca roja en exceso, manos bastas.
Las más soportables:
 Pecas, cejas poco marcadas, pestañas cortas.
Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:
 Las mías.
 ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?
 En siendo una «señora» me basta.
 ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?
 Que supiera comprender y disculpar en mí un estado de ánimo que yo no pudiera disculpar ni comprender.

NORTE.

NÚMERO 7

Las excelencias espirituales preferibles:
 Buen humor, apasionamiento, naturalidad, amplitud de ideas.
Las menos esenciales:
 Las condiciones artísticas.
Las deficiencias morales más insufribles:
 Gazmoñería, frialdad, afectación, una inteligencia trabada por convencionalismos.
Las más llevaderas:
 La ingenuidad quizá importuna, pero tan sencilla...
Las dotes físicas más gratas:
 Ojos claros y un poco inexpresivos, esbeltez, cutis perfecto.
Las menos estimables:
 Pelo bonito, pie chico.
Los defectos físicos más odiosos:
 Tobillos pesados, ser una «buena mujer» en el sentido espantable que esta frase suele tener.
Las más soportables:
 Narices largas, ¡siempre se puede torcer la cabeza para besar una boca bonita!
Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida moderna:
 «Tanto monta, monta tanto, Fulana como Fernando».
 ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?
 No quiero ni mirar hacia arriba, que esto cansa el cuello, ni que al tutearme sintiera ella que se le había olvidado darme el tratamiento debido.
 ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustaría más en ella?
 Que me conozca a mí, y en cuanto a las aptitudes, que pueda reírse al yo decirle un chiste malo, y que pueda hacerme reír al demostrarme que el chiste era malo.

FERNANDO.



Nos han pedido algunos miembros de esta simpática corporación que compongamos sus comunicaciones con letra algo mayor. Tienen razón, y en este número les hemos complacido casi completamente; pero esto supone ocupar mucho más espacio. Por otra parte, la cantidad de Amigas y de Amigos crece cada día. Por si ello fuera poco, algunos mantienen varias correspondencias. Y naturalmente, la sección crece y se desborda ocupando el sitio necesario para las demás. En este número, para poder dar cabida a tanto original, hemos aumentado el número de páginas; pero esta es una medida muy costosa que no se puede repetir. ¿Qué hacer? Sólo se nos ocurre limitar el número de comunicaciones por un medio indirecto; es decir, un medio que dejando subsistente la posibilidad de que cada cual escriba cuantas comunicaciones quiera, tenga, sin embargo, la traba de que no sea lo mismo publicar una que publicar muchas comunicaciones.

Para eso, a partir de este número, publicaremos en la Revista **Cupones** de Las Amigas y los Amigos incógnitos, que será necesario enviar con cada carta destinada a esta sección. Las cartas que desde hoy se reciban sin cupones, no se publicarán. Se exceptúa para cada lectora o lector la primera comunicación no dirigida a persona determinada. Es decir, que la carta dirigida impersonalmente a todos los demás solicitando correspondencia, no necesitará cupón para poder publicarse. Pero desde la segunda carta, cada comunicación tendrá que venir acompañada de cuatro cupones (que pueden ser del mismo número o de números diferentes). Si una lectora o un lector envía más de una comunicación, tendrá que acompañar tantas veces cuatro cupones como comunicaciones envíe. Es decir, que para una comunicación hacen falta cuatro cupones; para dos comunicaciones, ocho cupones, y así sucesivamente.

Privilegio para los suscritores por un año. Los suscritores por un año tendrán derecho a pedir gratis doce cupones especiales de suscriptor por un año; cada uno de cuyos cupones especiales bastará para una comunicación; es decir, que por una suscripción por un año se pueden mandar hasta doce comunicaciones. Sin perjuicio de poder utilizar, como los demás lectores, todos los cupones publicados en la Revista.

El empleo de los cupones no supone quebrantamiento del incógnito para quien desee conservarlo, pues esos cupones no tendrán indicación alguna que revele su procedencia; por tanto, al recibirse una comunicación con su cupón, no sabremos quién nos la envía.

Las comunicaciones enviadas antes de publicarse este número se insertarán sin necesidad de cupón. Las que se nos hayan enviado después y lleguen sin cupón, se guardarán durante breves días para que los interesados puedan remitirnos el cupón correspondiente. Pasados esos días se destruirán las comunicaciones para las cuales no se haya recibido cupón.

Para recibir los cupones de suscriptor por un año a domicilio, debe enviarse con la petición ochenta céntimos para gastos de envío certificado.

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.

Como está usted solo y separado de su familia, no podemos consentir que un chico tan simpático esté triste.

Nos dedicaremos:

Una para darle todo el cariño que necesite.

Otra para que le cuente todas sus penas y alegrías.

Otra para aconsejarle.

Y la otra para hacerle olvidar esa terrible soledad en que se encuentra.

¿Acepta?

Esperando su contestación, le dan un apretón de manos. —TRES MORENAS Y UNA RUBIA.

Carlos.—Fíjate en mí y no hagas caso de tantas otras que, como yo, también te contestarán diciéndote quieren ser tus amigas, porque son tan desgraciadas como tú.

¡Huye de las desgraciadas!

Yo soy joven, alegre, feliz y exageradamente optimista. Me gustan los sports, las bellas artes, lo original, la vida en general.

¿Debería entonces huir de tí? Sí. Pero yo quiero tener un dulce amigo moral, muy amigo, y tus líneas me han gustado.

¿Qué tristón estás en ellas! ¿Es que las escribistes en un momento de pesimismo? ¡Ojalá!

Mira. Un pueblo cubierto de niebla necesita rayos de sol que lo reanimen, y de ningún modo mezclarse con otra niebla que lo abochorne más. ¿Qué ganaría con ello? ¿Comprendes?

¡Quiero un amigo!

¿Me contestarás?

MUJER es la Revista más simpática que he visto.

¡Ah! Y desconfía de las amargadas. —CARMEN.

A todas.—Yo quisiera tener una verdadera amiga. Esto parece muy sencillo, sobre todo con el concepto actual de amistad; pero para mí no lo es. He tenido varias conocidas, y, sin embargo, quizás ninguna ha sido amiga mía de verdad. Os lo explicaréis si os digo que, aunque suelo familiarizar en seguida con quien acabo de conocer, casi nunca otorgo mi amistad, no porque crea que quien habla conmigo no la merece, sino porque me parece que nadie la necesita.

¿Soy un ogro? Puede que sí. Sin embargo creo que soy siempre un buen amigo... cuando llego a serlo.

No os creáis tampoco que soy un misántropo o un zulú (¡qué miedo!). Por el contrario, me considero bastante tratable y, no obstante mi seriedad, estoy siempre muy alegre, pues creo, como Werther, «que el mal humor es el peor de los vicios».

«Amistades» como las que he tenido, ni las desprecio ni las quiero. Si alguna de vosotras quiere que comencemos un trato que puede llevarnos a una verdadera amistad, yo se lo agradeceré sinceramente.

Vuestro para servirlos. —DIMAS, EL BUEN LADRÓN.

Para Carlos.—¿Hablas o, mejor dicho, escribes en serio o es que quieres que pique alguna romántica? Si es en serio, aquí tienes una amiga incógnita dispuesta a consolar tu soledad y a ser muy franca contigo. ¿Serás tú igual conmigo?

Te suplico que no me tomes el pelo, pues a mis años no me resulta quedarme calva, y, además, me daría mucha rabia. No lo harás, ¿verdad?

¿Admites un apretón de manos de tu nueva amiga—MARI-PE?

Affinity wanted.—Sin estar dispuesto a meterme en compromisos, busco una mujer a quien pueda escribir *american style*, sin que ello quiera decir que tengamos que contraer matrimonio, pues me opongo a ello tenazmente.

Con una cantidad grande de experiencia práctica de esta perra vida, anhelo una persona a quien pueda comunicársela. Se sobreentiende que para hombre basto yo, y ella ha de ser femina. ¿Quién me tocará en suerte?

Soy joven, ni guapo ni bello, ni alto ni bajo, de nariz regularcita.

¡A quién le toco, que me rifo! —TRAMP.

Incógnitas amigas.—Escuchad. Mucha atención. (No penséis al leer este principio que voy a hacer el artículo a algún específico.) Leo con rara frecuencia en esta sección que unas se quejan de que él no se decide; otras, de que el ansiado él no llega; algunas, que se han quedado compuestas y sin él, etc. En vista de lo cual yo me ofrezco para novio de aquella que, después de leer la descripción de mi belleza, quiera buenamente «picar», teniendo en cuenta que aquí no se engaña a nadie.

Se me olvidaba decirlos que yo busco novia, no futura esposa, y que lo mismo me da que me declaréis vuestro amor una que ciento, pues a todas atenderé hasta que me canse, naturalmente.

A otra cosa, mariposa: Tengo buen tipo, sin que me parezca al Don Juan que hacen algunos actores que les falta tres minutos para el siglo; blanco, pelo castaño, ojos grandes y de gato, nariz respingona, boca como para que se me vea y otras cosas que me callo, porque esto se va haciendo muy largo. —ARVEJÓN PA LOS BORREGOS.

Amigo Españolito.—Me tomo la libertad de llamarte amigo. Creo que simpatizaremos, ¿verdad? No creas que soy la rubia por ti soñada; yo soy morena y con mucha sal, y me está mal el decirlo. ¿Eres rubio o moreno? Porque a los hombres rubios no los puedo ver ni pintados. ¿Tú eres muy simpático, verdad? ¿Pasarás los ojos indiferentes o leerás estas líneas con el mismo entusiasmo con que las escribo? Contéstame y tendrás la más franca y leal amistad que puede darte. —MARINETA.

Amigo Carlos.—Hemos leído su carta en el número 16 de la Revista MUJER, y aquí estamos nosotras para alegrarle.

Somos cuatro amigas. Tres morenas y una rubia, las cuatro muy simpáticas y no del todo feas.



A Victoria.—Aun cuando Edgar Neville nos haya dicho, en el primer número de esa simpática Revista MUJER, que el tacón alto se ha inventado únicamente para hacer perceptibles nuestras patadas y para empinarnos en los aparadores de saldos de ropa; yo, en cambio, le concedo un destino más noble y trascendental. Para mí, es el cetro de nuestro caballero andante puesto bajo los pies de su dama, como un símbolo de vasallaje y de sumisión; por lo cual se explica que las mujeres más poderosas y renombradas lo porten tan elevado. ¡Como que son dueñas y señoras de legiones enteras!... Quizá también sea un talismán de amor para esos galanes sentimentales y bohemios, que se pasan la vida cantándole a la Luna y que se han tenido por dichosos pidiéndome este recuerdo de mi ama... Por cierto que no he tenido valor para negárselos... ¡Pobrecitos!... No hay derecho a negar la felicidad a un ser que cifra todas sus ilusiones en la posesión de un zoque arrancado de una chancía vieja, ¿no les parece a ustedes?... Eso sería el colmo de la crueldad. Para terminar le diré que el tacón alto ha sido, hasta para mí misma, lo más respetable y lo más suntuoso de cuanto encierra el armario de mi señora. Y Dios me perdone esta declaración.—LA GUARDARROPA.

A una morena.—No me extraña sea lo que más haya deseado sin conseguirlo; ese mismo deseo ha sido siempre mi ideal, sin realizarse nunca. Es muy difícil tener una amiga de verdad; en cambio hay muchas que creen serlo ofreciendo una amistad falsa de sinceridad, desinterés y cariño. ¿Qué valor puede tener ni para qué sirve esa amistad?

La verdadera amiga lo ha de ser de corazón, que sienta como suyas nuestras penas y goce de nuestras alegrías, dignas de toda nuestra confianza y ternura; que llegando situaciones difíciles en la vida sepa con sus palabras de consuelo y cariño mitigar nuestro dolor. Entonces..., ¡cuánto vale una verdadera amiga! ¿Cree que existirá? Yo lo dudo, al menos que por la simpatiquísima Revista MUJER me convenciera de que hay alguna.

Si no le he parecido ridícula, que es muy posible en estos tiempos, me encantaría hubiera encontrado la amiga que desea en—UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS.

Amiguitos míos.—Ardo en la llama del deseo para que pueda seros útil en algún consejo de amor. ¿Qué mejor consejero para los enamorados que una mujer? Puedo descubrirlos el alma y de par en par las puertas del corazón femenino.

A veces, suelen haber tonterías, propias de enamorados, que carecen de importancia, y que por ello, no sabiéndose comprenderse, suelen romper el camino que les conducía hacia la felicidad..., a la gloria para ellos soñadas..., ¡a la vida!

Y es que nunca habéis comprendido, ni comprenderéis jamás, al corazón de la mujer.

¿Quién será mi primer cliente?—BLANCA G.

A Polín.—He leído tus deseos de encontrar una amiguita que sea, como tú, aficionada a rendir culto al músculo, y creo que puedo ser yo esa amiga que deseas.

Yo soy una muchacha *papa* (como dicen en la Argentina), *jamón*, como se dice aquí; soy aficionada y practico toda clase de deportes; soy, por completo, modernista en mi modo de ser y de pensar.

Me vine de América aquí en aeroplano. Un viaje ¡¡¡colosal!!!, ¡¡¡garrafal!!!

He aprendido a boxear con Firpo y con Dempsey; y ahora estoy esperando a encontrar otra chica boxeadora para dar aquí mi primer «mach» en público, y estas *no son macanas*.

No tendremos la dicha de conocernos personalmente; pero si alguna vez nos conociéramos, como soy tan atlética y tengo unas fuerzas estupendas y despampanantes, del primer apretón de manos que te diera, te la deshacía, aunque creo que tú debes ser otro titán como yo.

No te digo más por hoy porque me voy con unas amigas, que tenemos un estupendo ¡¡plan cañón!! y un programa ¡¡piramidall!...—ROBUSTIANA TEMPESTAD.

A Ramón.—He leído la carta que en el núm. 16 escribes a las «tres valencianitas», y he quedado prendada de tu descripción física y de tu empleo; por eso no vacilo en dirigirte ésta, para ofrecerte mi más sincera amistad, pues tú eres el ideal de mi tipo soñado, y yo, cuando te describa como soy, también espero seré de tu agrado, pues ya verás que análogos somos.

Mi físico: Soy muy alta (dos metros aproximadamente), en extremo delgada; un tipo muy elegante. Tengo tan buenos colores que mi cara es completamente roja, mis ojos de almendras, mi nariz es muy chiquita, así como un piñoncito, y mi boca esa sí es un poquillo grandecilla, pues las orejas le sirven de presillas; pero, en cambio, de mi dentadura sí que me siento orgullosa, pues es muy hermosa y completamente nueva; figúrate que no hace ni tres meses que me la regaló un amigo dentista que tengo. En fin, que no resulta del todo mal mi conjunto. ¡Ah! Me olvidaba describirte mi cabellera; es rubia azafranada y cerdosa; en el verano acostumbro cortarla a lo «garçon» para estar más fresquita.

Mis condiciones: En lo único que no tenemos analogía es en el estado, pues yo hace un año lloro la pérdida de mi cuarto esposo, y tú, en cambio, eres solterito; pero también los contrastes gustan.

Soy casera de un corral de vecinos muy grande y a todos los tengo más derechos que una vela; por las tardes me dedico a vender billetes de lotería, y a más (y esto es de pura afición), sé arre-

glar zapatos viejos a la perfección; los dejo como nuevos. A mis cuatro maridos se los arreglaba yo siempre.

Mi edad: Soy solamente un poquito mayor que tú; pero aún soy bastante joven; no tengo más que cincuenta y cinco años.

Sin más que decirte, y esperando que también seré yo tu tipo ideal, y que no destrozará mis más dulces ilusiones, pues, aunque solamente sea para una pura y sencilla amistad, gusta tener un amigo tan elegante y simpático como eres tú.

Se despide hasta la tuya tu romántica amiga (pues soy muy romántica, ya te contaré otro día mis aficiones).—DOÑA CHOCHA.

A Palomita, ¿sin hiel?—Mi desconocida lectora: Das demasiada importancia a mis insignificantes escritos, sólo por el hecho de leerlos. Yo escribo, por que tengo gusto en ello; pero no había pensado que me leerían; así pues, al ver tu carta, me he asombrado. Pero no me llames Perla Irisada, mi seudónimo no quiere decir eso; es sencillamente el nombre de una flor (lirio blanco), el cual uso en recuerdo de una persona a quien quise y respeté mucho. Esta persona me llamaba así, y lo pongo en inglés en recuerdo también de que esa persona admiraba y amaba mucho a Inglaterra.

Por lo demás, no estoy desesperada ni creo haberme mostrado como tal en mis escritos. No sermoneo a nadie. ¡Dios me libre de ello! He leído un libro que juzgo muy hermoso, y llevada del entusiasmo que me produjo su lectura, puse mis impresiones sobre el papel; eso es todo. Creo, sin embargo, que la lectura de libros ejemplares (en contra de tu respetable opinión) si puede hacer mucho bien *si quieren leerse*; pero, ¡por Dios!, Palomita, no digas, sobre todo, si eres mujer y jovencita, no digas que ello no hace efecto «hasta que se haya vivido la vida de las pasiones materiales». ¡Vaya, pues, me doy cuenta de que ahora sí casi sermoneo, y precisamente a ti; pero me doy cuenta a tiempo y termino. No quiero seguir siendo *vox clamanti in deserto*.

Nada más, preciosa Palomita.—WHITE IRIS.

Carlos.—Amigo incógnito, mas a la vez simpático por cierta analogía de estado moral: Yo le ofrezco amistad desde esta Revista, sin ofrecerle, claro está, el corazón; éste no es mío hace tiempo: lo di por entero a quien más que a la vida quiero; pero el hado adverso hizo que una cruel burla del Destino nos separara. Desde entonces busco a quien interese mi estado moral, sin encontrarlo. Sólo trivialidad o egoísmo, sólo superficialidad o indiferencia hallo en quienes quizás no me comprendan y por eso no me atienden, o bien por comprenderme demasiado desvían la conversación por no hacerme sufrir, sin comprender que precisamente el alma mía necesita desahogo, libertad, de este peso de que la hace víctima el estado moral. ¿Serás tú, amigo incógnito, quien, al contarme tus penas, alivies las mías en fuerza de hacerte bien sólo por el bien mismo de amparar tu orfandad moral?

Yo pienso que sufres por incompresión, y pienso, además, que eres un pensador que, a la par que piensa, sueña con que sus pensamientos puedan ser realidad, sin comprender que en la tierra es absurdo el soñar, y como al cielo es imposible elevarse si no es espiritualmente...

Háblame con franca sinceridad. He sufrido mucho en la vida y sé que he de comprenderte y quizás aconsejarte, y como confío en que serás discreto, no temo al *qué dirán*.

¿Tendré un amigo al fin? Un amigo, amigo que no lo sea por falsa lástima, por fingida amistad, por curiosa fiscalía.

Así lo espera del triste Carlos su amiga.—MARIAMPARO.

Carlos.—Mi deseo es ciertamente el de hallar la verdadera amistad, una sincera amistad que no entienda de hipocresías, ni recelos...; que sea todo en ella franqueza, lealtad..., sin pretender jamás, como usted dice bien, traspasar el límite que marca dicho sentimiento.

Usted galantemente me ofrece la suya; puesto que lo desea, cambiaremos impresiones; creo que nuestras charlas resultarán amenas, y si con mi amistad logra usted algún alivio a sus muchos dolores..., ¡qué mayor alegría para mí que haber contribuido a ello con mi modesta e insignificante intervención...—ALMA CRIOLLA.

TAPAS PARA ENCUADERNAR LA COLECCIÓN DE «MUJER»

Estamos preparando unas artísticas tapas para que nuestras lectoras puedan conservar la Revista elegantemente encuadrada. Dichas tapas, en tela inglesa con preciosa estampación en colores, se harán por trimestres. Excepcionalmente, la primera comprenderá todos los números publicados en el año 1925. El precio de cada tapa será de seis pesetas. Para los suscritores costará solamente cuatro pesetas cincuenta céntimos. Para recibirlas a domicilio habrá que agregar al precio indicado una peseta para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado. Los lectores que nos hagan el pedido de tapas en seguida nos prestarán un servicio, porque podremos calcular mejor la cantidad de tapas que hemos de hacer. Además, quien haga el pedido ahora estará seguro de recibir las tapas en cuanto estén terminadas. Además, si el número de pedidos excede del número de tapas hechas, no podremos servir los pedidos que se nos hagan después de haberse terminado porque no se reharán. Por lo cual, sólo quien nos pida las tapas con anticipación podrá estar seguro de recibirlas.



A mis simpáticos amigos: Humor, Teniente P., Manolo y Romeo.—Antes de nada os diré que me habéis proporcionado una de mis mayores alegrías, al ver vuestras simpáticas contestaciones. Os aseguro que sois un encanto de chicos, a cual más; y como no sé realmente con cuál quedarme, os contestaré a todos. Temo que quizá alguno se aburra de mí, y me deje; pero así, siguiendo con todos, si alguno se va otros me quedan, y mientras tanto tengo, ¡gracias a Dios!, bastantes ideas en mi cabeza para contaros muchísimas cosas a todos. A ver cuál es el más infiel y el que antes se cansa...

He estado todo el día, desde que recibí la Revista, esperando el momento de verme libre para poner os estas letras de agradecimiento y simpatía a todos, y mandarlas cuanto antes al correo, por si no puedo contestar hoy mismo a todos, que los que queden para mañana sepan que aun así no les olvido y procuraré demostrárselo cuanto antes. *Vuestra amiga, muy fiel y muy franca.*—MARI-SOL.

Para Humor.—¿El Buen Humor...? Muy bien. ¡Gratis el Buen Humor...! Además, ¿es usted un poco brujo...? En seguida me llama ingenua y escultural... Ni que me conociera usted de veras. Esto me lo dicen más seguramente de lo que se figura. Voy a contestarle siguiendo sus simpáticas líneas. Cojo MUJER, el primer número, para recordar el físico de Monina, con quien usted me compara...

Dice que era esbelta y fina. ¡Esto sí!; franca ante todo. Ahora, lo de rubia ya es otra cosa... Muy morena, por el contrario, y ojos de esos (no crea que me entusiasma el color) entre pardos y verdes; lo demás, de forma y tamaño no me disgustan y a los demás gustan; la nariz también se parece a la de Monina, ¡cuando yo digo que es usted brujo...!: recta y un poco respingona; la boca, también pequeña, aunque gordita, de labios remangados y muy roja (sin carmín, ¿eh?), y por fin le diré que lo más bonito que tengo son las manos, las cejas y los dientes... Melena, y gracias a ella tapo un poco mi frente excesivamente grande...

¿Quiere usted más? Mi mayor defecto, mi orgullo y mi genio vivo; mis cualidades..., ya las irá usted conociendo: mucha alegría, nada presumida, etc., etc. Me dice usted que puedo además hablarle de muchas cosas; otro día podré charlar más, cuando nos conozcamos más a fondo... y tenga más tiempo.

Me entusiasmaría oírle recitar algún verso, ya que, por lo visto, esta es su especialidad. La mía es el dibujo y la pintura: doy lecciones y espero llegar a saber; y cuando me empeño en algo...

Antes de terminar quiero complacerle diciéndole cómo me le figura: no muy alto; más bien delgado; moreno; de ojos castaños; cejas y pestañas muy negras; pelo así, algo alborotado, sin ser completamente rizado; boca grande y muy risueña; manos (me fijo siempre mucho en las manos) bien cuidadas, pero muy varoniles. ¿He acertado...? No creo, de todos modos, ser tan bruja como usted, que aunque si ha equivocado, efectivamente, al suponerme tan bella como Monina, al menos tengo con ella el parecido de gustar y de ser «Monina».

¿Será usted el primer amigo infiel, como fué el primero en contestar a—MARI-SOL?

Teniente P.—Ya ves cómo tú también confiesas que tenías, no digamos miedo, sino un poquito de temor de que no te contestaran. ¡Estaría bueno, un militar con miedo! ¿Sabes que tengo sangre artillera?... ¿Tú eres también artillero?... Tengo mi padre, mi abuelo y bisabuelo artilleros, y muchos más militares aviadores y marinos entre mi familia. Soy, naturalmente, poco miedosa; aunque yo creo que no hubiera elegido, de ser hombre, ninguna de esas carreras; sería... médico. ¡Cómo, cómo me gusta!... Pero, en fin, soy mujer, y muy feliz con serlo, aunque a veces es triste nuestra condición. Los hombres buscan su felicidad y las mujeres... ¡la esperan!... ¡Siempre esperar! Y ¿no has oído que «el que espera desespera?...»

Dirás, y ¿dónde está la alegría de esta criatura?... Y, sin embargo, existe, y hoy aumentada por tus líneas y las de los otros amigos que me contestaron.

Tú deseas que yo conteste pronto. Esta mañana recibí la Revista, y esta tarde no he querido salir, sólo para poder escribiros. Deseas también que nos conozcamos por correspondencia... Si tú eres tan franco escribiendo como yo lo soy, pronto lo lograremos. ¿Odiás la hipocresía?... Coincidimos.

¿Mi manera de pensar? ¿Sobre qué...? Especifica. En general, mis deseos, mis gustos, mis odios son: Quisiera pasar el tiempo; ¡soy ahora tan feliz!; sin penas, sin preocupaciones; temo mucho a la vida, temo las penas que quizá me tiene reservadas, en revancha de todas las alegrías que siembra ahora en mis días; quisiera esperar..., quisiera que me fuera favorable la fortuna, y sólo quiero esperar en lo bueno y pensar en ello; ¡soy muy optimista!...; lo malo es si llego al fin de mi vida esperando... y desesperando. ¿Mis odios?... Ninguno. Soy muy católica y no tengo derecho a emplear esta palabra, y menos a sentir lo que significa. ¿Mis antipatías? Los moros—me figura que coincidimos también—, los españoles que admiran cualquier país antes que el nuestro, y las personas que hipócritas. ¡Hay tantas y tantas!... Empezando por los chicos, que se divierten con las chicas diciéndolas cosas que están muy lejos de sentir, pensar o creer.

Te temo, ¿sabes? En general tenéis una fama los tenientes... Que conste que me considero como tu amiguita incógnita, y espero que serás el amigo de—MARI-SOL.

Manolo.—Empiezo por el final, por tus tres últimas preguntas.

No, ya no tengo miedo, y me inspiras una gran confianza. Tienes, me parece, mucha franqueza, y eso es lo que quiero yo: ¡mucha, mucha; cuanto más, mejor! ¡Quién pudiera ofrecerte un poco de mis ilusiones, de mi optimismo y alegría!... Lo procuraré poco a poco; procuraré que tus simpáticos veintiún años olviden tus sinsabores, tristezas y amarguras continuas de que hablas.

Dime algo más de lo que se trata; dime si eres lo que se llama un escéptico o tienes mis mismas creencias. Yo también sufrí, hace ya algún tiempo, por causa de esas creencias, pero fueron ellas mismas las que me sostuvieron. Un chico me quiso, me lo dijo, le creí, le quise y... le dije que no; por eso, porque no creía en lo que yo adoraba... ¿Fué una exageración?... No sé; no lo creo; pero me parece que volvería diez veces a hacer lo mismo si diez veces tuviera que hacerlo, aunque luego tuviera que sufrir lo que sufrí entonces.

Todo eso ya pasó, y tengo, en compensación, ahora mucha felicidad. Me interesas mucho, Manolo, y vuelvo a repetirte que de buena gana te la enviaría en estas líneas. Quisiera hacer lo que me pides: emplear todo mi arte en disipar tus negros nubarrones; pero ¿qué haré?... Indícame tú un poco la manera. De mi vida te hablaré un poco y de lo que me rodea, esperando que en tu próxima contestación me dirás lo que te pido. Tengo un cuarto encantador; a mí me lo parece, pues le he arreglado completamente a mi gusto. Salgo mucho, sobre todo las tardes, y me entusiasma hacer novillos alguna, quedarme sola en mi cuarto y leer, dibujar o escribir, y a veces... pensar. ¡Cómo me gusta pensar así, yo sola, con una luz muy velada, rodeada de mis mejores recuerdos, de mis más queridos retratos!

No tengo novio, ni pienso tenerle por ahora, pues comprendo que a mi edad no conocemos aún bastante los chicos, y sería horrible una desilusión... ¡Cuando quiero sé querer tan fuertel... Y las penas del corazón son las mayores. ¿Tienes tú alguna?... Probablemente. ¿Quién no ha querido siendo tan joven?... Y si tu amor fuera un amor dichoso, estoy segura de que no tendrías penas. ¿Qué penas puede haber cuando se quiere y se es correspondido?

Cuenta, cuenta. Y cuenta con toda la simpatía de—MARI-SOL.

Romeo.—Puesto que usted lo dice, me fiaré de su seriedad y ya veremos lo que resulta. ¿Mi nombre le gusta mucho...? A mí también, por eso lo he elegido para mí sola y para que así me llamen mis amigos incógnitos, ya que los demás me llaman, como es natural, por el que me pusieron, que también es muy bonito.

Me alegraría mucho de que Mari-Sol fuera el rayito de sol que le animara y calentara a veces con sus suaves y tibias caricias. Hay muchas clases de caricias: las mías serán en forma de frases, que a menudo irán a su encuentro.

¡Qué alegría tan grande poder leer! Seré feliz sabiendo de usted. No tenga miedo, tranquilícese y confíe en mí... Pensar que esas frases serán esperadas y recibidas con alegría... Poder confiar... ¿Será verdad...? ¿Podré confiar...?

¡Nos dicen tantas veces lo engañosas que son las palabras de un hombre! ¡Lo vemos tan a menudo...! Me parece mentira que yo pueda escribir, comunicarme, expansionarme sin temor, pues antes me dijeron «confíe usted en mí...»

Confío, confío..., y me comunicaré con usted, y espero que esta confianza mutua, unida a nuestros pocos años, harán de la nuestra una correspondencia llena de encantos y alegría.

Termino por hoy, aunque bien siento no disponer de unos minutos más. Creo no me tomará muy en cuenta mi brevedad y me contestará sin rencor.—MARI-SOL.

A Tango y Fox-trot.—Encantadora amiguita: Hemos leído tu carta, y nos pareces tan sumamente simpática, que no podemos menos de contestarte.

Somos un cuarteto de chicos colosales, no pasamos de veinte años y somos estudiantes.

Desde que leímos tu carta no hacemos otra cosa que pensar en ti y en lo bonitísima que debes estar en tus quince abrilés.

De románticos no tenemos ni chispa, somos íntimos amigos de bromas y de guasa; pero descuida que el día que nos pidas un consejo, no sólo nos pondremos como un juez, sino como un guardia de la porra.

¿Dices que eres impaciente? Pues nosotros también lo somos; así que ya sabes.

Esta noche soñará contigo.—EL CUARTETO LA CARABA.

Para mi amigo Luzón.—No sé si usted se habrá creído que sólo tengo doce abrilés... Yo creo que no... Si viera usted, mi simpático y alegre amigo, el susto y el disgusto que me llevé cuando vi en el núm. 15 que me habían restado cinco años... «Ya nadie me contestará, me decía. ¿Quién se va a atrever a escribir a una niña de doce años?...»

Veo, sin embargo, que usted ha contestado..., y temo... temo dos cosas, es decir, una de las dos, y son: Que usted al leer lo de los doce abrilés comprendiera que era equivocación y creyera que contestaba a una mujer ya formal con unos veinticuatro años..., o que creyera, efectivamente, que escribía a una niña de doce..., porque al fin y al cabo hay gustos para todo... y ese es el miedo de la Condesita... Usted, que me había gustado tanto, quizá al ver que el término medio de mis diez y siete abrilés no era su idea, busque por ahí otra amiga y... me deje plantada...

No me extiende más, pues antes quiero saber, si a pesar de esta equivocación, puedo contar con la simpatía y amistad de Luzón.

Espero.—LA CONDESITA DE XVII ABRILES.



¿Se acabaron los amigos, o queda alguno para mí?

Soy asturiana, y me agradaría encontrar en esta sección un amigo, a ser posible paisano mío, que quiera ser mi confidente.—**VE-TUSTA.**

Aquí hay, en efecto, una lectora, no ciertamente simpatiquísima, pero sí llena de buena voluntad y dispuesta, en la medida de su esfuerzo, a infundir esos ánimos reclamados por Misterio... ¿Llegaré a conseguirlo?... Eso ya no me atrevo a afirmarlo, porque muchas, muchísimas veces los deseos, aun siendo muy grandes, resultan impotentes, y como no quiero fracasar una vez más en mis vaticinios, al tiempo cedo amablemente el encargo de contestar.

Mi carácter es franco por demás, y todo aquello que a franqueza se refiera atrae mi simpatía, y así puedo explicarme el impulso irresistible que sentí hoy a contestar a quien, seguramente, tan sólo escribió con la idea de burlarse de la pobre infeliz que cayera en sus manos...

Pero, ¡mucho cuidado! la infeliz en este caso no lo es, o al menos carece de la humildad suficiente para reconocerlo...; pero, en cambio, pregona a voz en grito que no sólo se puede ser franco en la vida, sino que hay obligación de serlo... Ahora bien: no vayamos a confundir la franqueza con la falta de educación o de caridad (cosa análoga en bastantes casos). No se puede decir siempre todo lo que uno piensa; ¡estaríamos arreglados!; pero, en cambio, sí se debe pensar siempre todo lo que uno dice.—**AS-TE.**

Carlos.—Te escribo temblando... ¡Qué vergüenza, ser yo la que te escriba a ti!... Pero cuando leí tus renglones ¡me diste tanta pena!... No, no, eso no, perdón; ya sé que vosotros, los hombres, odiáis a quien os compadece, y yo no quiero ni lastimarte ni que me odies. Te prometo no volver a decirte más.

¿Eres Sincero (así, con mayúscula esta palabra, lo merece) al decir que nunca has tenido un cariño? ¿Me contestarás muy pronto diciéndome si me dejas pensar mucho en ti y quererte un poco?

Y así seré tu.—**COLOMBINA.**

Soy una chica con diez y ocho años y un miedo atroz a que no me conteste nadie.

¡¡Uff!... ¡Ya me he presentado; pero... si supierais lo que me ha costado!

Yo quisiera encontrar un amigo a quien hacerle mi confidente y contarle lo que me pasa. Que me aconsejara como un buen amigo incógnito a quien nunca conoceré personalmente, porque si le conociera ya no le podría contar nada, y si él también, algún día necesitaría un consejo, se lo daría con franqueza como a un amigo de toda la vida.—**MARÍA ROSA.**

Al amigo Misterio.—¿Vivir siempre con la verdad en los labios?... Imposible, amigo mío. Por ejemplo: Una visita de mi madre, que llega siempre en nuestro momento de ir a salir: ¿Cree usted que sería cortés y de buena educación decir: «¡Tenga, señora, la bondad de marcharse lo antes posible!» Y, sin embargo, tengo que decirle: «¡Quédese otro ratito, señora! ¡Encantadas de estar en su compañía!» Una mentira a tiempo —conste que me refiero a éstas, llamadas piadosas— evita incurrir en una gran grosería.

La verdad pura y escueta es solamente para quienes amamos mucho y nos conocen a fondo.

Y si, como asegura, usted dice siempre la verdad, o vive en otro planeta o está rodeado solamente de servidores.

Sólo me refiero a la verdad en el aspecto en que se puede falsear sin salirse del camino recto.

Y ahora contesto su pregunta: Me considero capaz de sostener esta correspondencia con la verdad por delante. ¡Ya lo creo! Sólo por el hecho de ser incógnita, y para demostrarlo le digo que no creo más que una parte de su «comunicado».—**CASTELLANA LEAL.**

A Misterio.—Aquí estoy... porque, en fin, aquí he venido, dispuesta a decirle todas las verdades que usted quiera y me parezcan necesarias. ¡Qué satisfacción poder hablar con alguien sinceramente! De lo cual me considero capaz, por la experiencia que me ha dado al practicarlo en la vida. Claro es que no siempre es agradable oír las cosas como son; por eso, y al ver lo mal que sienta la verdad, voy procurando no prodigarla demasiado. Pero en esta correspondencia no es lo mismo, es decir, por mi parte adopto el papel de «Doña Clarines»; desde luego en el caso sólo de que usted conteste recogiendo el saludo de simpatía que le envío.

Veo, por lo que dice, que coincidimos en los rasgos más salientes de carácter. Como usted, también soy alegre, aunque de una alegría profunda, seria, sin nada de frivolidad; también vivo algo aislada; no tengo hermanos; quise reunir el cariño que hubiera puesto en éstos en una amiga de colegio; pasaron los años y la vida se encargó de demostrarme que también ella correspondía a mi sincero afecto... ¡Y de qué modo!...

¿Será usted muy exigente en la condición de que «simpatiquísima»? ¡Ay Dios mío! ¿Será usted benévolo?

Ahí va mi opinión modestísima: Siga usted su ruta, amigo «Misterio»; de no hacerlo, sería tanto como declararse vencido; sígala usted, sin necesidad tampoco, ni de matar sus sentimientos ni de disfrazarlos, como dice; deje únicamente su franqueza y sus verdades para cuando se sepa usted comprendido, y tenga fe; ese momento llegará; yo le espero también.

Ahora no dudo dirá algo de usted. ¿Qué edad tiene?... Espero que al contestar a esta pregunta tendrá presente la palabra «verdad». Si usted lo hace, yo le daré una prueba de sinceridad dicién-

dole la mía; ¡y cuidado que esto es difícil para una mujer! —**DOÑA CLARINES.**

¿Qué os parece amigos incógnitos esta correspondencia iniciada por la simpatiquísima Revista MUJER?

A mí me pareció ideal desde el primer momento, y por eso escribo; haber si encuentro algún incógnito dispuesto a ser mi amigo (incógnito claro está) y a contestarme prontito. ¿Soy exigente?

Yo soy modernista, muy siglo XX; me gusta el fútbol, el boxeo, el automovilismo. ¡Oh!, esto más que todo, etc., etc.)

En fin, temo cansaros, y eso no querría. ¿Podrá contar con vuestra amistad—**LA REINA CLAVEL?**

Amigos incógnitos.—A ver quién de vosotros quiere aceptar la amistad sincera de esta mujercita de diez y ocho años.

Tengo afición a la lectura y al francés; también me gusta mucho la poesía. Quisiera tener una amistad sincera, franca y leal, que me contaseis todas vuestras penas y alegrías, para yo corresponderos.

Esperando me contestéis alguno, vuestra buena amiga incógnita—**MORUCHA.**

Eterno amigo.—Tú lo has dicho: soy una exaltada, no puedo remediarlo. Todo lo tomo con demasiado calor. Escribiendo soy un desastre: me atropello, me embrollo. Tú que escribes tan bien, ¿qué pensarás de mí?

Te agradezco muchísimo tu consejo, pero... no me atrevo; soy cobarde. Además, tú partes de la base de que él es un cerrojo. Nada más lejos de la realidad. Yo a mi vez te digo: ¡Si tú supieras!... Pero dejemos esto; hay cosas que no tienen remedio.

No fui sólo a pedirte un consejo; yo quiero ser tu amiga verdadera; quiero que me lo cuentes todo. ¿Tú crees que podrá ser? Siendo tú hombre y yo mujer, ¿podrá existir entre los dos verdadera franqueza?

Veo que me ha salido una competidora: «Lidia con su caballo Pingo»; pero ella y su caballo por un lado y yo solita por el otro podremos ser perfectamente compatibles.

De modo que, amigos, un apretón de manos.—**THI-BA FILLE D'ANNAM.**

A Esmeralda.—No dudo que no es mi correspondencia la que deseas; preferirías alguno del otro sexo, ¿no? Y no dudo tampoco que no te faltará amigo que se te ofrezca. ¡Son tan simpáticos! ¡Cuatro me contestan en este último número! ¡Con el miedo que yo tenía! Pues la verdad es que nunca me salió —ni en mis tiempos, no muy lejanos aún, de colegiala— unas líneas más insulsas que con las que me presenté. Tú misma, mi querida amiga, me animas. Y aunque, como te decía, no creo que sea mi amistad la que busques, yo te ofrezco la mía con mi cariño y mi agradecimiento. Me gustas mucho en lo poco que de ti sé: te llamas «Esmeralda», no te gustan los peras. Dime más detalles tuyos, si eres tan amable que no te importe seguir escribiéndome.

A mí me gusta mucho escribir, decir muchas cosas al papel, pero no me entusiasma que lo lean. Ahora es distinto; con el incógnito no resulta fastidioso el que nos conozcan por dentro, ya que nunca llegarán a hacerlo por fuera.

Tuya, muy tuya es toda mi simpatía.—**MARI-SOL.**

Lirio del Valle.—He leído tu deseo, y aquí me tienes; pon todos los esfuerzos necesarios para no defraudarte, pero no dejes volar mucho tu fantasía.

Mi primera impresión es que eres deliciosa.

Espero.—**DESEO.**

A Cara de mármol.—«Do you very chic.» Le ofrezco mi amistad incógnita. De sus líneas deduzco estilo en usted de mi agrado. El encanto existe y se sostendrá por el incógnito, pues la ilusión rodea al otro de cuantas buenas cualidades desee, pues lo permite el incógnito. Me ofrezco para aconsejar a su alma, sin duda a veces desorientada.

Soy de tipo fuerte y carácter extraño.—**ROLANDO.**

Para Tango y Fox-trot.—Me considero el amigo que deseas tener, puesto que coincido en la mayoría de las condiciones que pides: veintidós años, alto, moreno y que me gustan todas; buen humor casi siempre (otro día te dije cuándo no lo tengo).

Puesto que ahora empiezas a vivir, te voy a dar varios consejos: dedícate al deporte, pero sin exageración; *tennis*, deportes de nieve (manejo muy bien los *skis*). Aprende música, pues así gozarás muchas veces, si es que tienes temperamento delicado, y si no tienes temperamento, déjalo, pues ya se ha inventado la pianola para no hacer música con gusto. En cuanto a literatura, primero la española, empezando por Cervantes, en su obra cumbre: *Don Quijote*.

Basta por hoy, pues me estoy poniendo un poco cargante. Tú dirás si te complace mi amistad o no.—**ALFAOMEGA.**

Monina.—Soy un idealista de la vida, y de esta sección me has parecido la más original por tu pregunta; desde luego acepta mi más sincera amistad.

El concepto que me merece una mujer que se declara al hombre que ama, es que su sentimiento está por encima de todo comentario. Claro es que la opinión ajena es tan mezquina...; pero hay que despreciarla y dejarse llevar por el instinto —siempre que sea noble— que le domina.

Si el hombre a quien amas tiene la suficiente inteligencia y comprensión, verá en tu declaración una cosa normal, porque comprenderá el despotismo que significa el que las mujeres «por el qué dirán», tengan que sacrificarse reprimiendo los estallidos de su pasión.

Espero tu opinión.—**UN ENAMORADO.**

Gracias a su madre, un niño débil y enfermizo puede llegar a ser fuerte y robusto.



LA EDUCACIÓN FÍSICA DEL NIÑO

POR EL DR. SPITZY



Esta obra, no sólo se lee con interés y sin esfuerzo: apasiona e incita la afición a las cuestiones de la cultura física. Los antiguos conocían todo el valor de la sentencia *mens sana in corpore sano*. Un gran poeta inglés dijo: "El niño es el padre del hombre". En efecto; de la salud y buena crianza en los primeros años de la vida depende que el hombre de después, cuyo padre es el niño de ahora, resulte no un hombre frustrado, flojo, melancólico e insociable; antes bien, un hombre cabal, robusto, optimista y útil a sus semejantes. Los padres que ignoran cómo educar físicamente a sus hijos, son responsables de graves daños causados a sus hijos y a la sociedad. Este libro es una verdadera guía práctica de las madres en el cuidado de la salud y fortaleza de los niños.

*Un tomo de 420 páginas, con 195 grabados fuera de texto.
En rústica, 15 pesetas. En tela, 18 pesetas.*

Por culpa de su madre, un niño fuerte y robusto puede llegar a ser débil y enfermizo.

ÉXITO EDITORIAL

OTTO SCHUBERT

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

De todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento menos puede eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de Museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico.

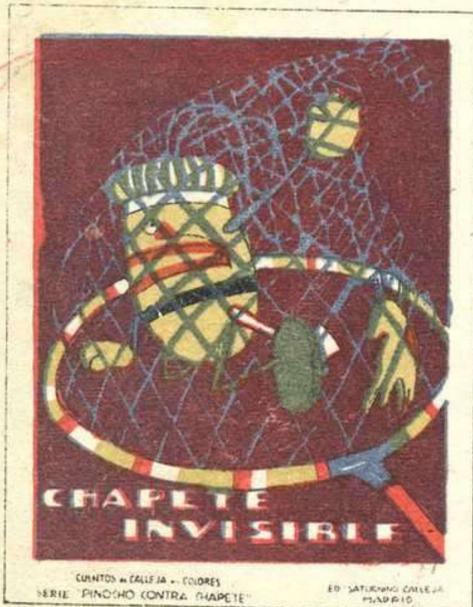
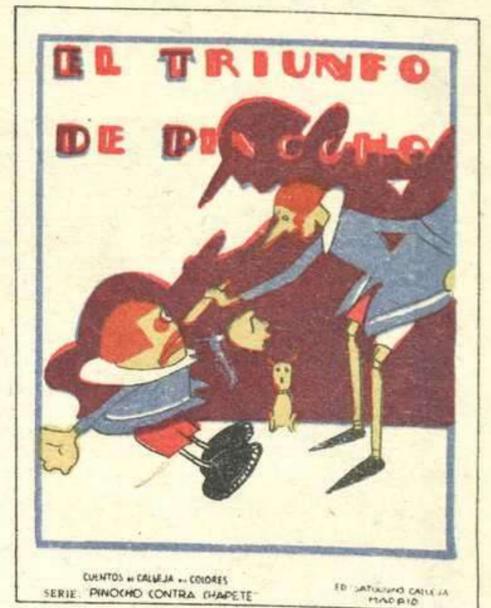
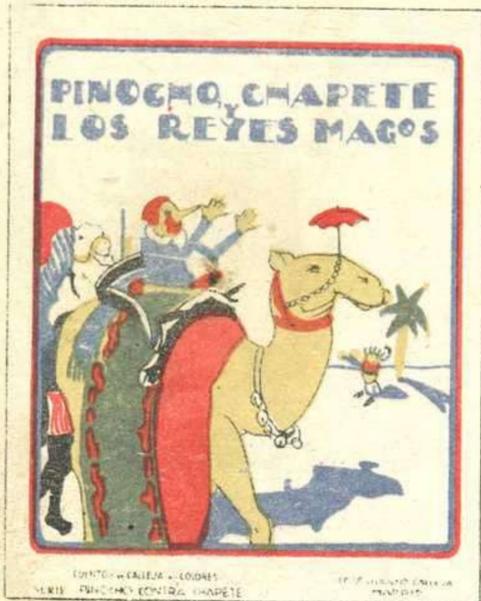
Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados; esmeradamente impreso sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antilope fino, estampado en oro de ley con planchas de bronce grabadas a mano según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO, 50 PESETAS

Todos estos libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447. MADRID

I YA LLEGAN LOS REYES!

EL MEJOR REGALO PARA LOS NIÑOS
EL QUE LES HARÁ MAS FELICES



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Valencia, 28, MADRID